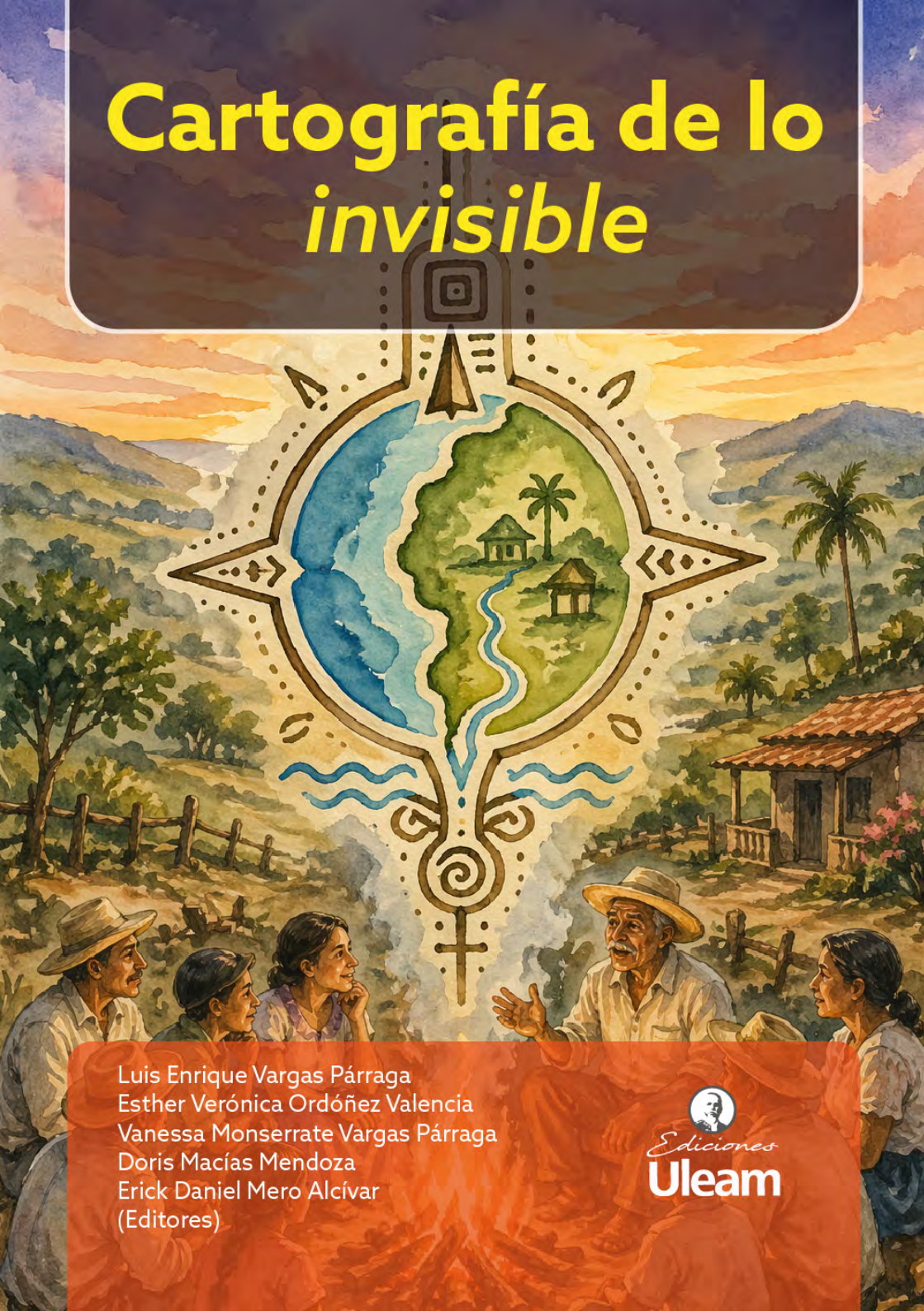


# Cartografía de lo invisible



Luis Enrique Vargas Párraga  
Esther Verónica Ordóñez Valencia  
Vanessa Monserrate Vargas Párraga  
Doris Macías Mendoza  
Erick Daniel Mero Alcívar  
(Editores)

  
Ediciones  
**Uleam**





Cartografía de lo invisible



Texto arbitrado bajo la modalidad doble par ciego

**Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí**

Ciudadela universitaria vía circunvalación (Manta)

[www.uleam.edu.ec](http://www.uleam.edu.ec)

**Dr. Marcos Zambrano Zambrano, PhD.**

Rector

**Dra. Jackeline Terranova Ruiz, PhD.**

Vicerrectora Académica

**Lcdo. Klever Delgado Reyes, Mg**

Dirección de Investigación, Publicaciones y Servicios Bibliográficos

## **Cartografía de lo invisible**

Luis Enrique Vargas Párraga

Esther Verónica Ordóñez Valencia

Vanessa Monserrate Vargas Párraga

Doris Macías Mendoza

Erick Daniel Mero Alcívar

(Editores)

Edición: Primera. Abril de 2026. Publicación impresa

ISBN: 978-9942-681-92-8

Trabajo de edición y revisión de texto: Mg. Alexis Cuzme Espinales

Diagramación, edición de estilo y diseño de portada: Mg. José Márquez Rodríguez

Una producción de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, registrada en la Cámara Ecuatoriana del Libro.

Sitio Web: [uleam.edu.ec](http://uleam.edu.ec)

Correo institucional: [diist@uleam.edu.ec](mailto:diist@uleam.edu.ec)

Teléfonos: 2 623 026 Ext. 255

Todos los derechos reservados ©2026

Prohibida su venta

# Cartografía de lo invisible

Luis Enrique Vargas Párraga  
Esther Verónica Ordóñez Valencia  
Vanessa Monserrate Vargas Párraga  
Doris Macías Mendoza  
Erick Daniel Mero Alcívar  
(Editores)





## Índice de contenidos

Presentación .....	9
Prólogo .....	11
Suceso inolvidable .....	14
<i>Paulina Monserrate Alonzo Dumes</i>	
La flor de la ruda .....	17
<i>Ángela Nila Baque Ponce</i>	
La sirena y el faro .....	20
<i>Dolores Hortensia Bravo Mendieta</i>	
La vela en el mango .....	23
<i>Bolívar Eduardo Cabal Chica</i>	
Los pequeños susurros del cerro Montecristi .....	27
<i>Jéssica Monserrate Intriago Mero</i>	
El jinete con cadenas .....	31
<i>Carlos Armando Mendoza Rodríguez</i>	
Pacto con el diablo .....	35
<i>Ligia Elena Mera Varela</i>	
El ceibo de medianoche .....	41
<i>María Fernanda Mero Mero</i>	
La loma amarilla .....	46
<i>José Luis Mieles Moreira</i>	
Un pueblo multicolor pintado por Dios .....	49
<i>Yessenia Elizabeth Mieles Ponce</i>	
La curiosidad .....	52
<i>Yessenia Elizabeth Mieles Ponce</i>	

Los niños desobedientes . . . . .	56
<i>Flor del Rocío Pachay García</i>	
Los frutos encantados del cerro de Montecristi . . . . .	60
<i>Virginia Monserrate Párraga Camatón</i>	
El camarón de oro . . . . .	63
<i>Karen Dayana Pincay García</i>	
La lutona: la dama de negro . . . . .	67
<i>Julio César Rivadeneira Rodríguez</i>	
Las Hormigas Rieras . . . . .	72
<i>Jackie Alexandra Rodríguez Mejía</i>	
El caballo fantasmal de Montecristi . . . . .	76
<i>María Patricia Rosero Pachay</i>	
El brillo de la mata de café . . . . .	79
<i>Sandra Idreile Santander Cevallos</i>	
El niño del Andrade Marín . . . . .	83
<i>Hermógenes Alejandro Valencia Machuca</i>	
Los sonidos del río encantado . . . . .	87
<i>Viviana Beatriz Solís Bravo</i>	
El llanto de los monos . . . . .	90
<i>Karen Alexandra Zambrano Muñoz</i>	
La sierpe . . . . .	93
<i>Luis Enrique Vargas Párraga</i>	
Lágrimas de una madre . . . . .	96
<i>Cecilia del Rocío Álava Cevallos</i>	
EDITORES . . . . .	101

## Presentación

La palabra, cuando nace del territorio y de la experiencia, no solo narra: conserva, revela y enseña. Desde esa convicción se articulan los textos que conforman esta obra, fruto de un proceso formativo en el que la escritura se asumió como acto de reflexión, creación y memoria. En el marco del Módulo de Didáctica de la Lengua y la Literatura, desarrollado dentro de la Validación por Experiencia Profesional de la carrera de Educación Básica, la experiencia docente se transfiguró en lenguaje literario, dotando al aprendizaje de una dimensión estética y simbólica.

Las narraciones y composiciones poéticas dialogan con los imaginarios culturales del territorio manabita, donde la tradición oral ha sido, históricamente, un modo de comprender el mundo y de transmitir valores, creencias y advertencias morales. Leyendas, presencias nocturnas, pactos y figuras míticas emergen como expresiones de una cosmovisión en la que lo sagrado, lo cotidiano y lo fantástico se entrelazan, configurando un universo narrativo profundamente arraigado en la memoria colectiva.

Desde una perspectiva literaria, los textos privilegian la cadencia de la oralidad, el poder evocador de la imagen y la densidad simbólica del relato popular. La escritura se construye desde una estética de la contención, fiel a los modos de decir del pueblo, donde el ritmo, la reiteración y el silencio cumplen una función expresiva esencial. Así, la literatura no se presenta como ornamento, sino como forma de conocimiento y de recreación sensible del territorio. En el ámbito pedagógico, la creación literaria se revela como una estrategia formativa que articula lenguaje, identidad y pensamiento crítico. Escribir desde la experiencia y el contexto permite



comprender la enseñanza de la Lengua y la Literatura como una práctica cultural situada, capaz de vincular saberes académicos con conocimientos construidos en la vida cotidiana y en la trayectoria profesional de quienes enseñan.

Estas páginas constituyen, finalmente, un gesto de legitimación del saber que emerge de la experiencia. La Validación por Experiencia Profesional adquiere aquí una expresión concreta y significativa: docentes que transforman su memoria, su práctica y su territorio en escritura reflexiva y estética. La palabra se afirma, así, como espacio de formación, preservación cultural y permanencia, donde narrar es también una forma de educar.

Los editores



## Prólogo

Todo territorio posee una geografía visible, ríos, caminos, montañas, pero también una cartografía secreta, hecha de voces heredadas, miedos nocturnos, silencios compartidos y relatos que sobreviven al paso del tiempo. Cartografía de lo invisible: voces, sombras y leyendas se inscribe en esa dimensión profunda de la palabra: aquella que no solo nombra el mundo, sino que lo recuerda, lo interpreta y lo resignifica desde la experiencia colectiva.

Este libro es el resultado de un proceso de creación literaria gestado en el marco del Módulo de Didáctica de la Lengua y la Literatura, desarrollado por los estudiantes del paralelo de Validación por Ejercicio Profesional de la carrera de Educación Básica, matriz Manta, de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí (ULEAM). No se trata únicamente de un ejercicio académico, sino de un acto de recuperación simbólica: una escritura que emerge del diálogo entre la memoria oral, el paisaje manabita y la formación pedagógica de quienes, desde su experiencia profesional, reconocen en la palabra un instrumento de identidad, enseñanza y preservación cultural.

Las leyendas aquí reunidas, como la de la Sierpe que desciende con los inviernos bravos, el río crecido y la noche sin luces, revelan una cosmovisión donde la naturaleza no es un fondo pasivo, sino un ente vivo, capaz de hablar, advertir y castigar. En estos textos, la lluvia, el río, los animales y la oscuridad se convierten en signos narrativos que conectan el miedo ancestral con la ética comunitaria, recordando que la literatura oral ha sido, desde siempre, una forma de educar, proteger y explicar el mundo.

Desde una perspectiva didáctica, esta obra demuestra que la creación literaria no es un lujo estético, reservado a unos pocos,



sino una competencia fundamental en la formación docente. Al escribir, los autores no solo recrean leyendas y poemas: reflexionan sobre el lenguaje, estructuran el pensamiento narrativo y comprenden el valor pedagógico de la tradición oral como recurso para el aula de Educación Básica. Así, el libro articula teoría, práctica y sensibilidad, consolidando un aprendizaje significativo anclado en la realidad sociocultural del entorno.

Bajo la dirección del docente Luis Enrique Vargas Párraga, este proyecto editorial se configura como un testimonio del compromiso universitario con la cultura local, la investigación formativa y la resignificación de los saberes populares. Cartografía de lo invisible invita al lector a internarse en esas zonas donde la razón convive con el mito, donde la palabra escrita guarda ecos de la voz antigua, y donde la educación se entiende también como un acto de memoria y creación.

Que estas páginas sean, entonces, un mapa abierto: no para delimitar lo conocido, sino para explorar aquello que, aunque invisible, sigue habitando en la conciencia colectiva de nuestros pueblos.

Dra. Diana Zambrano Chávez  
Directora, Carrera de Educación Básica





## Suceso inolvidable

*Paulina Monserrate Alonzo Dumes*

En medio de frondosos árboles, rodeado de colinas y a las faldas del cerro de Montecristi, está ubicado el recinto Bajo del Pechiche. En este lugar habitaban pocas personas, casi todas pertenecientes a las mismas familias; una tierra de agricultores y ganaderos.

Hace unos 65 años aproximadamente, vivía allí un niño que se dedicaba a vender leche. Tenía un juego con un señor: todos los días, al encontrarse, el hombre le decía: «¡Oh, mi lechero!, ¡oh, mi leche aguada!, siete litros de leche y tres litros de agua». Era su broma de todos los días.

Pasaron los años y el niño creció, pero mantenía la misma actitud con el señor. Se cuenta que cuando el joven ya tenía 14 años, una madrugada se despertó, como de costumbre, para ensillar su



burro o acémila e ir a la finca a cortar leña.

En una noche de luna llena, cuando ya había entregado los burros a las personas que iban a la finca, él se quedó sentado al pie de la escalera junto a sus dos perros, grandes y amarillos. De pronto, vio que desde la casa vecina bajaba por la calle un señor vestido de un blanco nítido; caminaba de forma normal y era alto, gordo y zambo.

Al pasar a unos 50 metros de donde estaba el joven, el señor volteó a mirarlo. En ese instante, los perros salieron en precipitada carrera para atacarlo. Sin embargo, al llegar a más o menos un metro de distancia, se detuvieron bruscamente y comenzaron a aullar; luego, regresaron corriendo y llorando. El joven siguió observando al personaje, quien continuó su camino hasta otra casa vecina.

Aquel hombre dio la vuelta y subió las escaleras como cualquier ser vivo. Mientras los perros no paraban de gemir, el joven pensó en seguirlo, pues sabía que la puerta de esa casa estaba cerrada y el hombre debía seguir allí. En ese momento, el personaje se giró y lo miró: al joven se le espeluznó el cuerpo y sintió que la cabeza se le hacía gigante. Aterrado por lo que acababa de ver, subió de un solo brinco a su casa para refugiarse entre sus hermanos.

Pasaron unos tres días cuando se enteraron de que un vecino estaba muy enfermo; el joven y su familia fueron a visitarlo. A los tres días, el hombre falleció. Era el mismo señor, amigo del joven, con las mismas características de aquel personaje que se le había aparecido; murió exactamente tres días después de aquel encuentro.

Se dice que esto podría parecer increíble, pero se manifiesta que las personas, antes de morir, andan como vivas y ‘recogen sus pasos’, dejándose ver. De hecho, desde entonces se cree que cuando



los perros comienzan a aullar durante la noche, es porque perciben la muerte y, con seguridad, ven al difunto recorrer de nuevo sus caminos.

### **Suceso inolvidable**

*Bajo el pechiche duerme el tiempo  
entre cerros, luna y maizal,  
un niño vendía blanca leche  
por caminos de polvo y sal.  
Creció el niño con la madrugada  
burro y leña fueron su andar  
la luna llena abrió el silencio  
cuando lo vio venir sin hablar.  
Vestido de blanco bajó la calle  
alto, sereno, paso mortal  
los perros corrieron a su encuentro  
y aullaron al verlo pasar.  
Se detuvo el mundo en su mirada  
la cabeza al miedo pareció crecer  
corrió el joven a brazos hermanos  
buscando a la noche esconder.  
Tres días después llegó la pena  
el amigo dejó de existir  
dicen que el alma vuelve al camino  
cuando se despide antes de partir.  
Dicen los viejos bajo la luna  
que antes de morir se vuelve a andar  
y los perros, sabios de la noche  
lloran al ver la muerte pasar.*





## La flor de la ruda

*Ángela Nila Baque Ponce*

A tres kilómetros al oriente de Jipijapa, donde la brisa acaricia los sembríos de maíz y las mariposas danzan entre los hermosos cafetales, el Cerro Verde se alza majestuoso con sus ríos y pozos de agua dulce, como una joya natural que emerge de la cordillera Chongón-Colonche cual vigía antiguo. No es un cerro cualquiera: sus senderos están cubiertos por un manto de esmeralda, sus árboles susurran secretos ancestrales y su cima besa el cielo con reverencia. Los pobladores de la zona aseguran que, en días de neblina o durante las noches de luna llena, el cerro respira, late y guarda un alma que lo protege desde tiempos inmemoriales.

Cuenta la leyenda que, mucho antes de que existiera el nombre 'Jipijapa' —cuando la gente aún se guiaba por las estrellas y el canto



de los gallos—, el Cerro Verde era considerado sagrado por la tribu de los Xipixapas, pertenecientes a la cultura Manteño-Huancavilca.

Los abuelos contaban un secreto de generaciones anteriores para hacerse millonario: el Viernes Santo, a las doce de la noche, el interesado debía encerrarse en un cuarto oscuro, sentado sobre la cama y cubierto por un toldo. El secreto consistía en esperar a que floreciera una planta de ruda justo a esa hora. Se dice que el diablo también espera ese momento para arrancarle la flor, pues esta posee el poder de otorgar riquezas inimaginables. El truco para hacerse millonario es ser más audaz y arrancarla antes que el mismísimo demonio.

Por eso, cada año en Semana Santa, los lugareños aguardan con esperanza ver florecer la ruda y convertirse en millonarios.

### **La flor de la ruda**

*La historia dice que cada año en Semana Santa revive la leyenda donde puedes hacerte millonario si logras arrebatarle la flor al diablo rezando el rosario que es lo máspreciado de esta hermosa planta. Cuentan que esto sucede no sólo en Manabí sino en algunas provincias de esta hermosa tierra desde el litoral hasta la interandina o Sierra que con sus leyendas enriquecen este país. Muchas personas esperarán las noches calladas tratando de obtener lo que muchos no han encontrado pero, con la fe siempre reflejada en sus miradas. Así es Manabí con sus inigualables relatos acompañados de cafetales plantas codiciadas ríos y pozos de agua dulce que te dejan atrapado.*





## La sirena y el faro

*Dolores Hortensia Bravo Mendieta*

Bahía de Caráquez es una ciudad costera ubicada en la provincia de Manabí, al oeste del Ecuador. Desde tiempos precolombinos, ha sido un punto fundamental para el desarrollo humano y comercial. Pero es en su zona norte, entre el estuario del río Chone y los bordes del Cerro Seco, donde la historia parece susurrar en cada piedra, en cada muelle y en cada sendero natural...

Cuentan sus habitantes que, hace muchos años, vivía allí un pescador joven y valiente del que todas las mujeres del pueblo hablaban. Cada noche, salía a faenar bajo la luz de la luna, entonando melodías tristes que atravesaban el mar.

Una noche, mientras navegaba cerca de la costa, escuchó una voz femenina que respondía a su canto. Al acercarse, vio a una hermosa sirena de cabellos largos y brillantes, sentada sobre una roca cerca de lo que hoy se conoce como el faro. Sus miradas se cruzaron y, al instante, quedaron enamorados. Desde entonces, el pescador visi-



taba a la sirena cada noche.

Pero su amor era imposible: ella pertenecía al mar y él a la tierra. Un día, el pescador decidió quedarse con ella para siempre y saltó al agua, desapareciendo entre las olas. La sirena, desconsolada, lloró tanto que sus lágrimas se convirtieron en espuma y su cuerpo quedó petrificado en la roca donde solían encontrarse.

Desde entonces se dice que, en las noches de luna llena, cerca del faro se puede escuchar el canto de la sirena llamando a su amado. Algunos pescadores juran haber visto su silueta entre las rocas, mientras otros afirman que, si te acercas demasiado, el mar te arrastrará para unirte a su mundo.

En la actualidad, en el faro de Bahía de Caráquez, existe una formación rocosa que muchos asocian con la figura de la sirena petrificada. El lugar se ha convertido en un sitio de leyenda y gran atractivo turístico, donde los visitantes buscan sentir la presencia de la misteriosa criatura marina.

Los antiguos pescadores de la zona aseguran que, en las noches de luna llena, cuando el mar descansa en calma y el viento sopla suave desde el Pacífico, una figura misteriosa emerge entre las olas para dirigirse hacia el viejo faro que, impassible, aún vigila la costa.

### **El pacto del agua y la tierra**

*En Bahía de Caráquez, bajo el cielo estrellado,  
un pescador solitario cruzaba el mar encantado.  
Cantaba a la luna versos de melancolía,  
sin saber que, en la roca, alguien más lo oía.  
De entre las olas surgió, con voz de cristal,  
una sirena de encanto y perfume de sal.  
Sus ojos brillaban como el sol al partir,*



*y al mirarse los dos... dejaron de huir.  
Cada noche el faro, testigo inmortal,  
alumbraba sus citas al borde del mar.  
Pero el amor de la tierra y el agua es dolor,  
pues no hay puente posible para tanto fervor.  
El pescador un día, sin miedo ni razón,  
saltó entre las olas, guiado por su corazón.  
La sirena lloró tanto, con pena infinita,  
que el viento la secó, y la roca fue su cuna bendita.  
Hoy, cuando hay luna llena y el mar calla su voz,  
se escucha un lamento, un canto atroz.  
Dicen los viejos que, si al faro tú vas,  
la silueta de espuma te puede arrastrar.*





## La vela en el mango

*Bolívar Eduardo Cabal Chica*

Les traigo una de las leyendas poco comentadas de Manabí, originaria del cantón Chone, específicamente de la parroquia Canuto, en el sitio «La Chorrera». Existen pocos testimonios, pero quienes los cuentan se convierten en protagonistas por haberlos vivido o escuchado por generaciones, resaltando siempre el valor y el respeto que se merecen los días santos.

En «La Chorrera» se rumoreó por años que, en la vía principal de la comunidad —cerca de lo que se conoce como ‘La Chorrera adentro’—, hay una recta en el camino donde se enaltecía un frondoso árbol de mango. Este se encontraba fuera de los linderos de las propiedades de los comuneros de la zona.

La leyenda menciona que existía algo muy peculiar en este árbol, especialmente en tiempos de devoción como la Semana Santa.



En esta fecha de conmemoración de la muerte y resurrección de Jesucristo, comentan que el mal se encuentra al acecho por todos lados, excepto para quienes se mantienen en casa rindiendo tributo a Dios.

Como toda comunidad de trabajo y esfuerzo, los habitantes de la zona solían compartir en sus tardes juegos de naipes, pláticas del día, bromas o algún «cacho». Todo esto, acompañado de una copita de currincho para pasar la tarde-noche, hasta que llegaba la hora de que cada uno regresara a sus casas.

Como era costumbre, algunos de los comuneros regresaban montados en sus mulas, en sus caballos o a pie. Cierta noche, un hombre de otra zona volvía chumado a casa; iba perdido bajo los efectos del licor, alumbrado apenas por la luz de la luna y guiado por el andar de su mular, fiel amiga de su transitar.

De pronto, otro vecino que avanzaba por el mismo pasaje observó con asombro que esta persona iba acompañada: una mujer iba montada «alanca», prendida de su cintura y con una vela encendida en la mano, llevándolo por el camino equivocado hacia el árbol de mango.

Mientras el testigo intentaba alcanzarlo, el camino se volvía tenso e inalcanzable. El frío de la noche se hizo más intenso. Ante la impresión de ver a esa mujer desconocida, el vecino gritaba para ser escuchado; pero, entre la hipnosis y el alcohol, el hombre fue arrastrado por aquella sombra sin identidad ni rumbo fijo.

Desde aquel entonces, no se supo quién era la mujer ni el paradero del comunero. Nadie preguntó jamás, como si el destino o la vida lo hubieran condenado al olvido.

Sin embargo, en cada fecha religiosa, se observa a lo lejos el re-



flejo de una vela en la copa del árbol, la cual desaparece en cuanto alguien intenta acercarse. Es un árbol en apariencia común, pero en los días santos, ese tramo del camino se vuelve más frío, más largo y, sobre todo, tenso; un recordatorio permanente de aquel hombre que se perdió en la noche.

### **Manabí poético: la vela en el mango**

*Llena de historia y cultura  
provincia cual ninguna,  
que relata testimonios con dudas;  
pero quienes la vivieron,  
y la llevan por generaciones,  
saben el valor de sus expresiones.  
Chone, cantón de mujeres bellas, pero  
en el pasado traían vacilaciones con ellas,  
que en tiempos de fiestas santas  
a los pocos creyentes de Dios se los  
llevaban con engaños y sin predicción.  
Como buenos manabas  
valientes y trabajadores,  
las tardes eran de reuniones;  
sin faltar la copa de currincho  
en la plática y cuchicheo  
pasaban el momento  
sin ver el tiempo.  
De pronto el frío de la noche  
los hacían entrar en razón,  
y cada uno de ellos volvían a sus casas  
bajo los efectos del alcohol.  
Una noche uno de ellos  
de regreso a su morada;*



*alumbrado por la luz de la luna,  
montado en su mular  
fiel amigo de su transitar  
dominado por el instinto de su animal.  
Lo acompañaba una bella mujer  
vestida de blanco, pero él sin saber,  
que lo llevaba a lo desconocido,  
para nunca más volver.  
La bella con una vela en la mano,  
cerca de un árbol de mango,  
era observada desde lejos,  
cómo se llevaba a alguien  
como unos cortejos.  
He aquí esta historia  
que la cuentan con recelo  
porque desde ese entonces  
nunca nadie supo de sus paraderos.  
Personajes que el destino  
los convirtió en leyendas  
en un camino frío  
cerca de un árbol actualmente perdido.*





## Los pequeños susurros del cerro Montecristi

*Jéssica Monserrate Intriago Mero*

Se cuenta en Montecristi una antigua leyenda, nacida entre las brumas del cerro que vigila silencioso al cantón. Mucho antes de que la tecnología invadiera cada rincón de nuestra vida y de que el consumo guiara las decisiones humanas, existió un tiempo diferente, un tiempo ya olvidado por las generaciones actuales.

Era una época mágica, en la que las hadas danzaban entre las lagunas escondidas del cerro y los faunos entonaban melodías bajo la luz plateada de la luna.

En aquella era, habitaban unos diminutos seres conocidos como Luxius, nombre derivado del latín que significa «luz». Aunque pequeños en tamaño, su poder era extraordinario: cada tres segundos emitían un destello tan brillante que podía atravesar la más densa oscuridad.

Se dice que fueron enviados por fuerzas misteriosas para poblar



los rincones más sombríos de la naturaleza, incluyendo los senderos ocultos del cerro Montecristi. Su misión era clara: guiar a los viajeros perdidos y a las almas errantes que aún no habían encontrado su descanso.

Los ancianos del cantón aún recuerdan cómo sus abuelos hablaban de ellos con profundo respeto. Contaban que, en las noches más cerradas, los Luxius iluminaban el sendero de los espíritus, ayudándolos a transitar hacia su destino final.

También existía la creencia de que si alguien lograba atrapar uno con sus propias manos —hazaña sumamente difícil—, podría purificar su alma, liberándose de las sombras que habitan en lo más profundo del corazón y la mente. Pero no bastaba con la rapidez o la fuerza: se requería sabiduría, paciencia y una intención pura, pues los Luxius eran astutos y se desvanecían en un parpadeo. Este acto simbólico reflejaba el reto de la vida misma: la búsqueda constante de claridad en un mundo que a veces parece volverse más oscuro.

Hoy, los tiempos han cambiado. Las luces artificiales han sustituido aquella luz mágica que brotaba de la naturaleza y, con ello, los Luxius han perdido fuerza. Ya no brillan como antes y su aspecto se confunde con el de un insecto común.

Sin embargo, en las noches tranquilas de Montecristi, quienes prestan atención aún pueden verlos danzando tímidamente entre los matorrales del cerro. Para muchos son simplemente luciérnagas; pero para los que creen, son los últimos susurros de un tiempo donde la bondad del ser humano alimentaba la magia.



**Pequeños susurros del cerro Montecristi**

*Montecristi, testigo del tiempo,  
guardó en su pecho un secreto de luz,  
cuando el mundo era noble y sereno,  
y el alma no temía su cruz.*

*Bailaban las hadas del cerro  
sobre lagunas de luna y cristal,  
los faunos cantaban sus sueños  
en un bosque de magia ancestral.*

*Y allí, entre raíces y helechos,  
vivían los sabios Luxius de sol,  
diminutos portadores del cielo,  
que alumbraban la senda del dolor.*

*Cada tres segundos brillaban,  
con un ritmo sagrado y fiel,  
y guiaban a espíritus errantes  
por senderos de sombra y de miel.*

*Quien lograra tomar uno en manos,  
purificaba su mente y su ser,  
pero eran escurridizos y sabios,  
como el bien que no suele volver.*

*No bastaba correr tras su brillo,  
ni la fuerza podía bastar;  
solo el alma sincera y serena  
su luz conseguía abrazar.*

*Hoy el tiempo ha cubierto sus huellas,  
las ciudades nublaron su voz,  
y la luz artificial ha vencido  
a la llama que viene de Dios.*

*Pero aún en las noches calladas,  
cuando el viento detiene su andar,*



*hay quien dice que bailan sus cuerpos  
entre el musgo y la sombra al azar.  
Son luciérnagas, dicen algunos,  
más otros, con ojos de fe,  
ven en ellas los últimos sueños  
de un mundo que fue lo que fue.*





## El Jinete con cadenas

*Carlos Armando Mendoza Rodríguez*

En Rocafuerte, donde la tierra se endurece bajo el sol y las montañas guardan secretos antiguos, se encuentra la comunidad de Tierra Dura, un lugar de manos fuertes y corazones resistentes. Aquí, la tierra habla en silencio y quienes la cultivan escuchan con respeto; el maíz y el maní brotan como bendiciones de un pacto ancestral entre el hombre y la naturaleza.

Pero no todas las fuerzas que habitan estos cerros son amigas del hombre. En lo alto de las montañas se mantiene viva una historia que ha hecho temblar a varias generaciones. No es una simple leyenda: es un hecho que todos conocen... y temen.

Cada Semana Santa, cuando cae la noche más oscura del año, se escucha un estruendo que rompe el silencio: es el galope de un ser aterrador, el Jinete de las cadenas. Va montado sobre un corcel gigantesco, tan oscuro que parece tragarse la luz. El animal no relin-



cha: retumba con cada pisada, como si la tierra protestara bajo su peso. A su lado arrastra una cadena enorme, oxidada y pesada, cuyo sonido no es metálico, sino un lamento vivo, como si cada eslabón contuviera un alma perdida.

Dicen que, hace mucho tiempo, un comunero ofreció a una de sus hijas en matrimonio al jinete, en un pacto sellado con cadenas invisibles y promesas rotas. Pero antes de que llegara la fecha en que la sombra debía reclamarla, los padres, temerosos y astutos, casaron a sus hijas con otros hombres y las llevaron lejos, fuera del alcance de aquel espectro.

Desde entonces, el jinete ya no busca a las hijas que le fueron negadas. En su lugar, cabalga por los senderos arrastrando cadenas que suenan como el lamento de las montañas mismas; busca al hombre que intentó burlar su pacto, dispuesto a llevárselo para saldar la deuda eterna.

Por eso, en Tierra Dura y las comunidades alledañas, los mayores advierten a niños y viajeros: al llegar la Semana Santa, no deben salir de noche ni hacer ruido. Cuando el eco metálico retumba entre los cerros, todos saben que el personaje oscuro se aproxima; entonces, cierran sus puertas, apagan las luces y guardan un silencio sepulcral.

En estas tierras viejas, donde la vida y la leyenda se entrelazan, cada historia es más que un cuento: es un susurro del pasado que nos recuerda la importancia de respetar el equilibrio entre lo visible y lo oculto.



**El Jinete con cadenas**

*Allá en Tierra Dura suena  
cada año un gran trotar,  
que no es toro ni caballo:  
es el miedo al caminar.  
Dicen que, en la noche oscura,  
cuando la luna se esconde,  
baja un jinete sin alma  
y el monte entero responde.  
Va montado en bestia negra  
como noche sin lucero,  
y las cadenas que arrastra  
tienen grito de entierro.  
No relincha el animal,  
ni el jinete da señales,  
solo pasa como viento  
con cadenas infernales.  
Cada eslabón es lamento,  
cada vuelta, un juramento;  
y si lo escuchas de cerca,  
mejor reza sin aliento.  
A los puros no se muestra,  
ni a quien siembra con el canto,  
pero al falso que jurara,  
lo persigue sin descanso.  
Hubo un hombre en esa tierra  
que, por oro, o por temores,  
le ofreció su hija al diablo  
disfrazado de señor.  
Antes que el pacto fuera,  
y la sombra la reclamara,*



*casó a sus hijas de prisa  
y huyó con el alma clara.  
Desde entonces cada año,  
en la Semana bendita,  
el jinete baja airado  
a buscar cuenta maldita.  
No busca a la muchachita,  
ni a los que oyeron la historia;  
va por aquel que juró  
y traicionó su memoria.  
Por eso, cuando en el cerro  
se escuche un retumbo feo,  
no silbes, ni abras ventanas,  
ni asomes ni medio dedo.  
Cierra puertas, baja el tono,  
que hasta el gallo se persigna,  
porque el jinete no avisa  
cuando el alma se le arrima.  
En Tierra Dura lo saben,  
del mayor hasta el chiquito:  
el que juega con promesas  
duerme con el infinito.*





## Pacto con el diablo

*Ligia Elena Mera Varela*

En tiempos antiguos, en Calceta —tierra de sol y tradición—, se encontraba el recinto Matapalo, un lugar donde la naturaleza se despliega en todo su esplendor. Es un sitio de ensueños y paz, rodeado de montañas y esteros, donde el susurro del campo entre las cañas forma un templo verde. Allí, la paja mocora se teje con arte y amor, y los artesanos crean sombreros de incalculable valor; Matapalo es, verdaderamente, un tesoro escondido.

En este lugar vivía una humilde pareja: don Serafín y la señora Francisca. Se dice que el hombre, tentado por la ambición, había hecho un pacto con el diablo, ofreciéndole a su primer hijo a cambio de riquezas. Cuando la señora Francisca quedó embarazada, el pacto comenzó a surtir efecto: el diablo proveía a don Serafín de abundante dinero y comida durante todo el proceso.

Comentan que don Serafín llegaba a casa cargado de carnes fres-



cas y, curiosamente, no de animales de monte, sino de cerdo y res. Su esposa, consumida por la angustia, decía: “No me he casado con un hombre, sino con el mismo demonio”.

Cuando llegó el momento del parto, nació una niña. Aquella noche, al enterarse del nacimiento, el diablo castigó brutalmente a don Serafín. La partera escuchaba los gritos provenientes de una bodega oscura, donde el hombre se encontraba con el capataz del infierno. Tras la golpiza, Serafín apareció en la casa moribundo y cubierto de hematomas. Sin embargo, el pacto no se rompió; aunque él estaba arrepentido e intentaba evadir los encuentros nocturnos, la promesa seguía en pie.

Cierto día, buscando distracción, don Serafín salió a jugar cartas con sus amigos en una tienda del recinto. A medianoche, al intentar regresar, se topó con una sorpresa aterradora: justo en el camino, tras una espesa y oscura mata de caña, el diablo lo estaba esperando. Esta vez se lo llevó lejos, perdiéndolo por los montes y dejándolo sin comunicación con su familia.

Doña Francisca sufría en silencio, presintiendo el origen de aquel horror. Mientras tanto, el demonio exigió retomar el pacto, reclamando ahora al siguiente hijo, siempre que fuera varón. Don Serafín, agotado por la persecución, aceptó. Poco después, doña Francisca dio a luz a un niño, a quien llamaron Sigifredo.

La economía de la familia prosperó rápidamente: don Serafín traía dinero en sacos y los corrales estaban siempre llenos de ganado; las vacas parían dos terneros a la vez. En la bodega de los encuentros nocturnos, se empezaron a escuchar música y algarabías inexplicables.

Conforme el niño crecía, su padre lo llevaba a todas partes, espe-



cialmente cuando realizaba faenas en el campo. Tal era el extravío de don Serafín que, en un acto de sumisión total, se atrevió a marcar el cuerpo de su hijo con una herradura, como símbolo de pertenencia al demonio.

El pequeño Sigifredo le contaba a su madre que, en la finca, siempre los acompañaba un jinete de sombrero que ella jamás había visto. Doña Francisca, aterrada por la situación, rezaba con fervor cada noche; sin embargo, algo extraño ocurría: en respuesta a sus oraciones, la casa se llenaba de ruidos escalofrantes

Don Serafín murió y, con el tiempo, Sigifredo creció bajo la sombra del pacto; el diablo lo colmó de bienes, haciéndolo un hombre rico y poderoso. Se dice que ambos fueron reclamados en cuerpo y alma por el demonio al fallecer.

Años después, en la ciudad de Portoviejo, dos hombres tomaron un taxi y solicitaron al conductor una carrera hasta el recinto Matapalo. Durante el trayecto, mientras charlaban, el taxista les preguntó sus nombres; ellos respondieron con naturalidad: Serafín y Sigifredo. Algo extraño ocurría en el camino: el vehículo se sentía inusualmente pesado y no lograban avanzar con rapidez.

Al llegar finalmente a la finca, ya era demasiado tarde para que el taxista emprendiera el regreso. Don Serafín, con extraña hospitalidad, le ofreció quedarse a dormir en la casa para volver a la ciudad al día siguiente. Fue así como el conductor aceptó y se instaló en uno de los cuartos de aquella misteriosa casa.

Al amanecer, el taxista despertó y comenzó a llamar a don Serafín y a don Sigifredo. En la casa aún vivía la hija de Serafín y hermana de Sigifredo, quien, al escucharlo, gritó conmovida: “¿Por qué llama a mi padre y a mi hermano? ¡Ellos han muerto hace tiempo!”.



El hombre, desconcertado, respondió: “Señora, yo mismo los traje anoche en mi taxi”. En ese instante, el taxista divisó una fotografía familiar en la pared; al identificar en ella a sus pasajeros, se le heló la sangre y le confesó a la mujer que eran ellos quienes habían viajado con él.

Con un gesto sombrío, la hija pagó el flete del viaje. El taxista, sin mediar palabra, salió de aquel lugar como alma que lleva el diablo. Los lugareños cuentan que en esa finca ahora solo se escuchan ruidos escalofriantes y que, en las tumbas de Serafín y Sigifredo, nunca hubo restos humanos... solo piedras frías que el demonio dejó en su lugar.

### **El pacto en Matapalo**

*En matapalo se cuenta  
que un alma quiso el dinero,  
pero al diablo le dio todo,  
hasta el hijo heredero.  
Serafín, hombre sencillo,  
se cansó de andar pelao,  
y vendió a su primogénito  
por un cerdo bien cebao.  
“Te doy mi primer crío”,  
le dijo sin pena al fuego,  
pero nació una hembra  
y ahí se armó el talego.  
El diablo llegó furioso,  
lo encerró tras una reja,  
Serafín gritó en la ceja,  
medio pálido y tembloroso.  
Luego vino otro embarazo,*



*¡y ahora sí nació varón!  
El demonio sonrió largo  
y firmaron con carbón.  
Al niño le puso marca  
como si fuera ganado,  
una herradura candente  
que brillaba hasta en lo helado.  
Sigifredo fue criado  
con riqueza y con ganado,  
pero el alma ya era ajena,  
su destino estaba sellado.  
Doña Francisca rezaba  
con vela, cruz y escapulario,  
pero en casa se escuchaban  
pasos y llanto a diario.  
Un día en Portoviejo,  
un taxista medio chueco  
recogió a dos fantasmas  
que olían a monte seco.  
“Vamos pa’ Matapalo”,  
le dijeron bien contentos,  
pero al llegar, ¡qué susto!,  
eran difuntos hambrientos.  
La hija los reconoció  
y casi se va de espalda:  
“¡Esos ya están sepultados  
y ni el cuerpo tienen en calma!”.  
Las tumbas están vacías,  
y las piedras bien puestas,  
dicen que las almas hacen  
fiestas en noches frías.*





## El ceibo de medianoche

*María Fernanda Mero Mero*

En los rincones más antiguos de la memoria colectiva de Montecristi, entre sus cerros y árboles centenarios, aún viven historias que desafían al olvido; relatos que son contados al calor de un café, cuando los mayores bajan la voz y los más jóvenes escuchan con atención. En estas tierras, el viento todavía arrastra ecos del pasado y hay leyendas que no se apagan con el tiempo.

Una de ellas nació en los años 70, en La Sequita, una comunidad rural rodeada de caminos de polvo, ceibos imponentes y matorrales secos. Allí, donde el viento sopla con un susurro antiguo que parece ocultar secretos y la modernidad apenas roza los bordes, lo real y lo sobrenatural se entrelazan, y la gente aún mantiene la fe en aquello que no puede ver

En esta comunidad aún resuena, entre los más viejos, la historia de Cayito, un hombre que dejó su huella grabada en el recuerdo de



quienes lo conocieron. Era célebre por su espíritu fiestero, alegre y valiente. En su juventud, no había celebración en el pueblo o comunidades cercanas que se le escapara: bailes, partidos de fútbol, fiestas patronales... todo era motivo para brindar y pasarla bien. Le gustaba el alcohol, es cierto, pero era un hombre responsable que jamás descuidaba sus obligaciones.

Una tarde de domingo, tras jugar un partido con su equipo — pues también era un apasionado del fútbol—, decidió refrescarse con unos tragos en una cantina de La Sequita junto a sus amigos. Aunque vivía en el centro de Montecristi y la distancia era considerable, no le dio importancia. Entre risas, música y copas, la noche les cayó encima como una sombra espesa. En aquellos años, transportarse era una hazaña: no había taxis y mucho menos aplicaciones digitales; así que Cayito, consciente de que al día siguiente debía madrugar para trabajar, emprendió el regreso a pie

Al adentrarse en la parte baja de Montecristi —en lo que hoy es la parroquia Aníbal San Andrés, donde se alza el Estadio Metropolitano—, Cayito se encontró caminando por una zona que, en aquel entonces, estaba completamente despoblada. Lotes vacíos se extendían a ambos lados del camino, interrumpidos apenas por la silueta oscura de árboles gigantes.

Entre ellos destacaba uno: un ceibo enorme y frondoso cuya sombra se proyectaba como un manto sobre la tierra seca. Los lugareños lo conocían como el “Ceibo del Diablo”, pues contaban que, pasada la medianoche, esta entidad se sentaba bajo sus ramas a esperar a los incautos que osaban cruzar solos por allí.

Cayito, sin advertir que el tiempo corría en su contra, pasó junto al árbol justo cuando el reloj marcaba las doce. Fue en ese instante



cuando empezó a sentir sus piernas pesadas como el plomo; caminaba y caminaba, pero sentía que no avanzaba. A pesar del licor, escuchó con claridad el galope de un caballo que se aproximaba por detrás. Pensó que sería algún vecino que podría darle un aventón, pero por más que volteaba, no veía nada. El galope persistía, cada vez más fuerte, más cerca y más real... pero en el camino no aparecía ni un alma.

En ese instante, un frío sobrenatural le recorrió el cuerpo, entumeciéndole los huesos hasta dejarlo inmóvil. Cayito solo pudo hacer lo que su fe le dictaba: se santiguó y comenzó a rezar con voz entrecortada y el alma temblando. Fue entonces cuando el galope se desvaneció. El aire recuperó su temperatura y él, con el corazón galopando en el pecho, recobró el movimiento; la borrachera se le esfumó como por arte de magia. Llegó a casa de sus padres pálido y tembloroso, sin comprender del todo lo que había vivido, pero agradecido de estar a salvo.

Aquel ceibo ya no existe. La urbanización arrasó con él, y hoy su lugar lo ocupan calles asfaltadas y casas modernas. Sin embargo, hay quienes aseguran que, en ciertas noches de silencio, al cruzar por ese mismo punto, el ambiente se torna pesado y el aire silba de forma casi imperceptible. Nadie lo ve, nadie lo toca, pero todos lo sienten: el frío les hiela la sangre y les eriza la piel. Dicen que el ceibo se fue, pero lo que habitaba en él... sigue allí. Esperando bajo la sombra de algún otro árbol.

Y no olvides que, en Montecristi, lo que ya no se ve, a veces aún se siente.



## **El ceibo de medianoche**

*Mi Montecristi amado,  
 dotado de leyendas,  
 paisajes encantados  
 y secretos en sus sendas.  
 Grita erguido el majestuoso cerro,  
 abren su boca los matorrales y los ceibos,  
 susurrando la historia de don Cayito,  
 su misteriosa vivencia en la Sequita, su pueblito.  
 El alma fiestera, alegre y soñadora,  
 cual estrella fugaz que deja huella,  
 caminaba retozando a cierta hora,  
 al son de la música y con una botella.  
 La noche estaba vestida de azabache,  
 el camino de sombras, largo y frío  
 se escondía la luna detrás de los ceibos gigantes,  
 la soledad, su eterna compañía y abrigo.  
 Y acechaba siempre a la media noche,  
 el gigante ceibo silencioso y sutil,  
 sentado en sus ramas que susurran secretos  
 esperando a los incautos que pasaban por allí.  
 ¿El ceibo del diablo? ¿Quién lo conociera?  
 Hacía de las suyas sin que nadie lo supiera,  
 tocaron las 12 y Cayito tembló,  
 el misterio del viejo ceibo lo paralizó.  
 ¿Acaso el lugar incierto,  
 lo haría escuchar un eco en el silencio?  
 ¿O acaso sería el licor,  
 que no le jugaba a su favor?  
 ¡No! Todo era real, era una noche anormal,  
 el misterio del viejo ceibo lo estaba atormentando,*



*el galope de los caballos lo estaba atemorizando,  
ya sus piernas no avanzaban estaban paralizadas.  
Solito se consolaba, en esta noche sombría,  
imaginando a un jinete, que un aventón le daría,  
pero el jinete nunca llegó, y de pronto un frío lo abrazó,  
sus huesos entumecidos e inmóviles se quedaron.  
Cayito congelado, como un tempaño de hielo,  
escuchó a su corazón, lo invitó a mirar al cielo.  
Brotó de sí una esperanza, con fe oró al creador,  
se desvanecieron los ruidos, el miedo se esfumó.  
Al fin llegó a su casa, recordando lo vivido,  
sin comprender siquiera, pero muy agradecido.  
Y el gigante se esfumó, como se esfumó su miedo,  
el pueblo lo arrasó, solo vive en el recuerdo.  
Pero... ¡cuenta la leyenda!  
del pueblito la Sequita,  
que nadie ve al ceibo,  
pero se siente de cerquita...*





## La loma amarilla

*José Luis Mieles Moreira*

La comunidad de Dos Bocas, en el corazón del cantón Olmedo, no solo respira historia entre sus sembríos y caminos de tierra, sino que susurra leyendas que se niegan a morir. Entre sus verdes paisajes se alza una loma alta y apartada, a unos 500 metros del caserío principal. No es una elevación cualquiera: guarda un silencio antiguo, un misterio que pesa como bruma en el alma del pueblo.

Los abuelos dicen que la loma habla; que, de noche, su suelo tiembla levemente con pasos invisibles y que los árboles se inclinan para observar a quien osa cruzarla. Allí, la neblina se arremolina como si escondiera un secreto, y hasta el viento parece caminar de puntillas

Se cuenta que allí aparecen criaturas imposibles: burros sin cabeza que relinchan con voz humana, gallinas negras seguidas de polluelos con ojos brillantes que no dejan rastro al pasar, y ataú-



des que flotan como sombras, iluminados por velas que ni la lluvia logra apagar. Los perros del pueblo ladran hacia la loma sin razón aparente, mientras las madres aún aconsejan a sus hijos: “No mires atrás si pasas por ahí...”.

Pero Dos Bocas no olvida. Detrás de esas apariciones hay una historia que vive en la memoria colectiva, contada una y otra vez en los portales, durante las mingas y en los velorios. Dicen que, años atrás, en esa misma loma vivía una familia sencilla conocida como los Pichicuchi. El monte los abrazaba y su casa de caña parecía conversar con la tierra.

Un invierno implacable trajo consigo lluvias torrenciales y hambre. Cierta día, un racimo de plátano desapareció del terreno de un vecino y las sospechas apuntaron de inmediato hacia la humilde vivienda de los Pichicuchi. Cuando el dueño del sembrío enfrentó a la mujer de la casa, ella negó la acusación con tal fuerza que lanzó un juramento fatídico:

—¡Que me parta un rayo si yo robé ese plátano!

La montaña escuchó y el cielo, ofendido, nubló su rostro. Días después, en medio de una tormenta espesa, un rayo cayó con furia sobre la choza. La mujer murió al instante. Su hijo, único sobreviviente del desastre, quedó con la mente perdida entre relámpagos; desde entonces, vaga sin rumbo por el monte, murmurando palabras que nadie logra comprender

Desde entonces, la loma ya no duerme tranquila y la comunidad entera lo sabe. La tierra se volvió doliente, el viento se transformó en mensajero y las noches en el escenario de lo inexplicable. Quienes cruzan por allí lo hacen en silencio, sintiendo cómo la loma los observa, expectante; porque aquel sitio no es solo un lugar, es una



herida abierta en la memoria del pueblo.

Así, en *Dos Bocas*, las generaciones se han transmitido el relato como una antorcha encendida, con una mezcla de respeto, temor y sabiduría. Porque cuando un paraje ha sido testigo de tanto dolor, la naturaleza misma se encarga de que nunca caiga en el olvido





## Un pueblo multicolor pintado por Dios

*Yessenia Elizabeth Mieles Ponce*

Hace mucho tiempo, cuando el territorio aún no tenía nombre ni existían las fronteras, se erguía una gran montaña desconocida que ningún ser humano se había atrevido a explorar. Era un paraje árido que, a pesar de hallarse en la costa ecuatoriana, permanecía olvidado por la lluvia; no se escuchaba en él ni el canto de los pájaros. Únicamente el viento silbaba entre las piedras y la tierra agrietada susurraba su sed al cielo. Nadie osaba habitar aquel rincón del mundo.

Una noche, cuando la luna se alzó redonda y luminosa, descendió desde el firmamento una luz incandescente. Al infiltrarse en las grietas, esta claridad alumbró la majestuosidad de la gran montaña y se abrió paso hacia sus entrañas hasta partirla en diferentes colinas



Aquella luz que al principio fue dorada se transformó en destellos con los colores del arcoíris, que danzaban entre las colinas con la alegría de las mariposas al salir de su capullo. Cada vez que una de ellas se posaba en el valle —rodeado por colinas que se alzaban como picos de coronas reales—, el lugar se volvía mágico.

Aparecieron entonces cristalinas cascadas, de cuyas puertas brotaban hermosos ríos poblados por peces multicolores. Surgió una vegetación exuberante, con árboles majestuosos en cuyas ramas saltaban los alegres monos, bailaban las ardillas y trabajaban los pájaros carpinteros; arbustos que albergaban las flores más hermosas que el ojo humano pudiera imaginar. En medio de esta naturaleza preciosa, empezaron a habitar aves, anfibios y mamíferos, como si Dios, con el pincel de su omnipotencia, hubiera derramado Sus colores para pintar tan mágicos paisajes

Sin embargo, para quienes jamás habían transitado por los alrededores, este lugar permanecía oculto en el misterio.

Un día, un grupo de hombres valientes decidió apartarse de la vía principal y, a lomo de caballo, sortearon su destino durante días y noches hasta descubrir este edén. Al salir, compartieron la noticia de su hallazgo y decidieron habitarlo poco a poco, convirtiendo aquella tierra en su sustento; pues descubrieron que era tan generosa para la agricultura como idónea para la ganadería.

En las afueras del asentamiento, alguien construyó una casona para acoger a los viajeros que, movidos por la curiosidad, llegaban a conocer este paraje. Como la vivienda permanecía siempre cerrada por temor a las víboras de la zona, la gente comenzó a llamarla “Convento”.

Desde entonces, Convento —parroquia del cantón Chone— se



ha erigido como una de las principales fuentes agrícolas y ganaderas de Manabí. Es un lugar que siempre florece, con ríos que cantan, cascadas que bailan y árboles que susurran leyendas a quienes la visitan, se detienen a escuchar y se dejan encantar





## La curiosidad

*Yessenia Elizabeth Mieles Ponce*

Cuenta doña Laura Villavicencio —dama reconocida en Portoviejo por su activa participación en la Iglesia católica— que, cuando tenía apenas doce años, vivía en una casa grande con paredes de caña guadúa y techo de cadí, rodeada de la exuberante vegetación típica de la capital manabita.

Sus padres tenían por costumbre llevarla a misa todos los domingos y compartir con ella los eventos más importantes de la iglesia, como el viacrucis del Viernes Santo

Aquel año, tras el viacrucis vespertino, sus padres se recogieron en la casa. Como era costumbre anual, por respeto al Cristo crucificado, cerraron puertas y ventanas, advirtiéndole que bajo ningún motivo se atreviera a abrirlas; pues, con Dios muerto, el demonio andaba suelto.

En la inquietud de su niñez, ella comenzó a escuchar el rasgueo



de unas guitarras cuyas melodías la invitaban a danzar. Al verla, su madre la reprendió severamente y le advirtió que, debido a su pecado, debía apagar de inmediato la lámpara de aceite y ponerse a rezar el rosario a la Virgen.

Sin embargo, aquella música despertaba cada vez más su curiosidad. Abandonando su lecho, decidió arrodillarse y mirar a través de una hendidura entre las cañas hacia el patio de la casa; deseaba con todas sus fuerzas descubrir quiénes entonaban aquellas melodías tan hermosas.

Cuál sería su sorpresa al observar, bajo el árbol de grosellas, a una criatura imponente vestida de negro. En su cabeza portaba un gran sombrero por el que asomaban dos cuernos prominentes; aquel ser bailaba de una manera singular, dando brincos y sujetando una enorme cola que brotaba de su parte trasera.

Aterrorizada, se levantó de un salto, encendió nuevamente la lámpara de aceite y se postró ante el altar de su habitación. Rezaba en voz alta, aunque con el aliento tembloroso, implorando el perdón de Dios por haber desobedecido a sus padres y por dejarse arrastrar por la curiosidad.

Aquella noche se volvió interminable. La música se fue desvaneciendo poco a poco en la distancia, pero el sueño no acudió a su llamado. Trataba de convencerse de que todo había sido una pesadilla mientras aguardaba con ansias la luz de la aurora; solo deseaba correr a abrazar a sus padres y confirmar que aquel encuentro con lo oscuro no había sido más que un mal sueño.

La verdadera sorpresa llegó al instante siguiente, cuando su madre le preguntó qué le había sucedido en el rostro. Al mirarse al espejo, descubrió con horror un moretón que rodeaba su ojo derecho;



precisamente aquel ojo que se había atrevido a mirar a través de la hendidura donde no debía.

Desde aquel año, nunca más se dejó llevar por la curiosidad. Ahora, doña Laura evita que sus descendientes salgan de casa un Viernes Santo, recordándoles siempre la misma advertencia: “Con Cristo muerto, el diablo anda suelto”.

### **El pincelazo de Dios**

*Al principio una montaña  
gris y ausente de vida era  
ningún ser latía en ella  
el frío viento silbaba  
y, a todos espantaba.*

*Una gran noche brillante  
con una luz de diamante  
por la luna destelló  
un fulgor envió Dios  
y nació vida al instante.*

*El lugar lindo quedó  
frescos ríos y cascadas  
fauna con flora danzaban  
alguien pronto descubrió  
y agricultura empezó.*

*También la ganadería  
en este pueblo nacía  
por algo muy peculiar  
Convento se fue a llamar  
¡Tierra bella manabita!*



## **El diablo y la curiosidad**

*En los tiempos de antaño  
era el Cristo respetado  
como su muerte en la cruz  
se guardaba el Viernes Santo.  
Por las calles nadie andaba  
la música se escondía  
ni las ventanas se abrían  
el rosario se escuchaba.  
Una niña muy curiosa  
quiso desobedecer  
y por una hendija aguaitar  
un ritmo que la hacía inquietar.  
Al mirar hacia el patio  
ahí debajo del grosello  
estaba bailando el diablo  
con la cola y sus cuernos.  
Gran fue el susto que se dio  
que enseguida se arrodilló  
hasta el amanecer rezó  
y a sus padres abrazó.  
Al mirarse en el espejo  
alrededor de su ojo miró  
un grandioso moretón  
¡nunca más seré curiosa!  
fue lo que ella juró.*





## Los niños desobedientes

*Flor del Rocío Pachay García*

Hace muchos años, en la comunidad de San Felipe, parroquia La Unión del cantón Santa Ana —sitios tradicionalmente montuvios de relieve ondulado, cerros bajos y valles bañados por ríos encantadores—, vivía doña Margarita con sus dos hijos: Rosa y Ángel.

Una mañana, la señora debió ausentarse para resolver un asunto urgente. Antes de partir, les advirtió a los niños que no los llevaría con ella, pero que regresaría pronto. Les encargó realizar los oficios de la casa y, sobre todo, que cerraran bien la puerta. Sin embargo, Rosa y Ángel no obedecieron; en cuanto su madre se marchó, se pusieron a jugar y, movidos por el hambre o la travesura, sacaron unos huevos de la despensa y los pusieron a hervir en una olla sobre el fogón del horno de leña

De repente, escucharon un silbido idéntico al de su madre. Al



asomarse por la rendija de la casa de caña, vieron con asombro a una mujer exactamente igual a doña Margarita, vestida incluso con la misma ropa. Los niños, desconcertados, pensaron que había regresado mucho antes de lo previsto.

De pronto, un golpe seco retumbó en la madera:

—¡Abran la puerta, hijos míos! Acaba de llegar su mamá.

Aunque la figura era idéntica, los niños se sintieron confundidos y temerosos. Aquella mujer hablaba con una voz demasiado suave mientras repetía sus nombres: “Rosa, Ángel... abran la puerta”. Presos del pánico, decidieron no abrir, pues en lo profundo de su corazón estaban seguros de que aquella que llamaba no era su verdadera madre.

En realidad, era una bruja que pretendía llevárselos. Al ver que no abrían, bajó las escaleras y comenzó a llamarlos desde debajo de la casa, espiando a través de las rendijas del piso de madera. Intentando llamar su atención para que bajaran, la bruja se transformó primero en una gallina negra seguida de sus polluelos, y luego en un enorme perro negro; pero los niños, paralizados por el miedo, no cedieron.

Al darse cuenta de que sus trucos fallaban, la bruja divisó un pequeño agujero en el piso de la cocina e intentó filtrarse por allí, volviendo su cuerpo gelatinoso. En un acto de valentía, los niños corrieron por la olla de agua hirviendo que tenían en el fogón para lanzársela. Justo en ese instante, apareció doña Margarita y la entidad se desvaneció de inmediato. Rosa y Ángel corrieron a refugiarse en los brazos de su madre, contándole entre lágrimas el horror que habían vivido.

Cuentan los moradores de San Felipe que aquella bruja aún ace-



cha en la parroquia La Unión, tomando diversas formas para asustar a los niños desobedientes

### **Los niños desobedientes**

*En la comunidad de San Felipe  
parroquia La Unión.  
cuenta la leyenda  
de una familia con temor.  
La mamá Margarita  
con problema alguno  
salió de su casa  
dejando solo a sus niños.  
De repente pasaron  
muchas cosas raras  
los niños miedosos y temerosos  
no decían nada.  
Al pesar del susto que sentían  
los niños no hicieron caso  
porque la bruja malvada  
los vigilaba a cada rato.  
Se convertía en lo que deseaba  
perro negro, gallina negra  
solo por hacerles daño  
pero los niños sabían, que todo era un engaño.  
Hicieron todo lo posible  
para no asustarse más  
querían tirarle agua caliente  
pero en ese momento llegó mamá.  
Los niños corrieron  
abrazaron mucho a mamá  
prometiéndole en ese momento*



*que nunca se portarían mal.  
Cuentan los moradores  
de la comunidad  
que la bruja malvada  
no ha desaparecido jamás.*





## Los frutos encantados del cerro de Montecristi

*Virginia Monserrate Párraga Camatón*

En el seno de la milenaria cordillera manabita, donde el sol declina su fulgor con melancólica majestuosidad, se alzan las lomas del Cerro de Montecristi. Este coloso de la naturaleza se presenta verdecido en los días soleados, pero en las jornadas frías y sombrías desaparece tras una espesa niebla que lo oculta de la vista de los transeúntes.

Allí, en esta majestuosa prominencia, florece una leyenda tan antigua como las raíces mismas de la tierra: la historia sagrada de los frutos encantados. Estas joyas naturales emergen entre la espesura con aromas de eternidad y destellos de prodigio.

Relatan los abuelos sabios que, en tiempos remotos —cuando los espíritus de la selva aún danzaban al compás del viento y el silencio era respetado como una divinidad de la fertilidad—, descendió desde las nubes una presencia para habitar aquel monte vene-



rable. Su nombre era Ñusta Pacha, y traía consigo un relicario de semillas mágicas, donadas por los dioses tutelares del firmamento.

Estas semillas, al tocar el suelo sacrosanto del cerro, se transmutaron en frutos luminosos, capaces de sanar enfermedades, otorgar lucidez espiritual y devolver la alegría al alma extraviada. Sus formas eran caprichosas, sus colores irreales y su sabor... una sinfonía de lo divino.

Pero la diosa advirtió al pueblo:

—Quien tome estos frutos con avaricia, quien los arranque sin gratitud ni respeto, será condenado a vagar sin sombra bajo el yugo de su propia ambición.

Así, los frutos permanecieron como un símbolo sagrado, alimentando solo a los humildes y a los corazones puros. Sin embargo, como es propio del destino humano, la codicia no tardó en trepar por los senderos del cerro. Un forastero, deslumbrado por las historias de riquezas, profanó el santuario con manos impías; pero al morder el fruto, su boca se tornó de piedra y su alma se desintegró en el polvo del olvido.

Desde aquel día, los frutos solo se dejan ver a quienes caminan con el alma limpia y el corazón en calma. Aparecen entre la niebla, al alba o al crepúsculo, como un susurro vegetal del mundo invisible. Aún hoy, los ancianos del lugar, con mirada reverente, señalan al monte y murmuran: “Allí donde florece el misterio, maduran los frutos del espíritu”.

Incluso en estos tiempos, es imposible adentrarse en la espesura y jactarse de haber comido de los frutos nacientes del Cerro de Montecristi; porque nadie que los haya probado ha regresado jamás para contarlos.



## **Los frutos del monte sagrado**

*En lo alto del cerro que mira al mar,  
donde el viento susurra y empieza a cantar,  
nació una leyenda de luz y color,  
de frutos que brillan con mágico amor.  
Una diosa bajó del cielo azul,  
trayendo semillas con brillo de tul.  
Las sembró en la tierra con todo su amor,  
y crecieron frutos de extraño sabor.  
“Son frutos sagrados”, la diosa avisó,  
“no deben tomarse con rabia o rencor.  
Solo los verá quien venga a cuidar,  
y tenga en la alma bondad al andar”.  
Desde aquel día, en la calma y la flor,  
hay frutos que guardan un dulce fulgor.  
Y cuentan los sabios del pueblo al pasar,  
que el cerro aún guarda su bello altar.  
Si subes al monte con paso ligero,  
con ojos humildes y un pecho sincero,  
quizá tengas suerte y puedas hallar  
los frutos del alma que saben amar.*





## El camarón de oro

*Karen Dayana Pincay García*

Dicen los viejos del monte que allá —donde termina el camino de tierra y empieza la espesura, entre quebradas cristalinas y árboles que susurran con el viento— hay un rincón encantado llamado La Azucena. Y más arriba, donde el sol parece dormir entre las montañas, se encuentra Caña Arriba, un paraje escondido donde el tiempo camina descalzo y las estrellas se acercan más a la tierra.

Fue hace más de cuarenta años, cuando apenas se asentaban las primeras familias —los Vera y los Rengifo—, cuando los machetes se abrieron paso entre la maleza y los ojos descubrieron un espejo de agua profundo y silencioso: una laguna secreta, tan pura que parecía llorar luz en cada amanecer.

Cuentan que jamás se seca, ni siquiera en los veranos más inclementes. Su agua, dicen, es especial: fortalece los sembríos, vigoriza al ganado y, según los antiguos, despierta los deseos del corazón y



de la carne. Los más ancianos juran que hay algo en esa laguna que no se deja ver, pero que siempre permanece allí, vigilante.

En aquel tiempo, la laguna pertenecía a cuatro dueños que la habían heredado de sus antepasados. La comunidad propuso convertirla en un sitio turístico, pero no hubo acuerdo: la tierra era parte de la historia familiar y no querían verla profanada por extraños.

Pasaron los años y el uso de la laguna se limitó a lo cotidiano: regar la tierra, dar de beber al ganado y, en algunas ocasiones, pescar. Fue durante una de esas noches cuando todo cambió. Varios lugareños habían ido a faenar y, al lanzar sus redes, divisaron en el centro del espejo de agua una luz incandescente: era un camarón de oro, enorme y reluciente, como si hubiera sido forjado por el mismo sol. Sin embargo, no todos tenían el don de verlo.

Con el tiempo, se descubrió que el camarón solo se mostraba ante quienes albergaban malas intenciones: personas que pretendían talar los árboles sagrados o que acudían a cometer actos indebidos en sus orillas. Tras el avistamiento, esos visitantes solían enfermar o sufrir accidentes misteriosos. La leyenda sentenció que aquel ser era el espíritu guardián de la laguna, el protector del equilibrio y la armonía del lugar.

La historia se difundió por toda la región. Muchos llegaron con cámaras y deseos de presenciar el prodigio, pero nadie más lo logró. Solo quienes tenían el corazón perturbado podían percibir el brillo del crustáceo, como una advertencia silenciosa de que la naturaleza no se deja corromper sin consecuencias.

Hoy, la laguna permanece allí, serena y vigilante. Los ancianos aún cuentan que, en las noches de silencio, si alguien se atreve a quebrar el respeto por el paraje, podrá ver una luz dorada moviéndose



dose bajo el agua... y entonces sabrá que ha sido advertido.

### **El camarón de oro**

*Por Caña Arriba, en La Azucena,*

*hay una laguna vieja,*

*que, en vez de secarse al sol,*

*más brillante se refleja.*

*Dicen que el agua bendice*

*si la usas con puro anhelo,*

*pero si vas con mal alma,*

*te vigilan desde el cielo.*

*En el centro de esa laguna*

*se ha visto un brillo encantado:*

*un camarón de oro puro*

*como el fuego reflejado.*

*No lo ve gente decente,*

*ni el que siembra con cariño;*

*solo lo mira el perverso*

*que daña monte o camino.*

*El que va con trago encima*

*a pescar con la intención*

*de burlarse del encanto*

*se topa con la visión.*

*Y no es suerte ni leyenda,*

*es justicia del lugar:*

*el que ve al camarón*

*no la cuenta sin llorar.*

*Dicen que enferma al malvado*

*y revienta la arrogancia,*

*porque el agua tiene madre*

*y la madre tiene instancia.*



*Una vez fue don Rengifo,  
queriendo hacer carretera,  
y al ver la cola dorada  
cayó enfermo en la ribera.  
Otro quiso hacer turismo,  
sin pedirle a los abuelos;  
vio el camarón reluciente  
y se torció entre desvelos.  
Pero el agua sigue mansa,  
calladita, sin rencor;  
solo avisa al que no entiende  
que el respeto es su valor.  
Por eso, niño, si vas  
con la caña o la redita,  
pedí permiso al paisaje  
y a la luna que te invita.  
Porque el camarón dorado  
no es tesoro ni maldición,  
es la forma que la tierra  
te recuerda su razón.*





## La lutona: la dama de negro

*Julio César Rivadeneira Rodríguez*

En el corazón de Manabí, donde la naturaleza susurra secretos antiguos y la luna llena ilumina las noches con un resplandor mágico, se encuentra el cantón Flavio Alfaro. Esta tierra suele envolverse en una neblina misteriosa que la cubre de leyendas, mitos y tradiciones. Sus montañas verdes y sus ríos, que fluyen como el viento suave ocultándose entre las historias, revelan al caer la noche cómo la sombra de “La Lutona” llegó al pueblo aguardando a su próxima víctima.

Cuenta la leyenda que, cuando la oscuridad se apoderaba de Flavio Alfaro, las personas se refugiaban en sus casas presas del temor. Se dice que La Lutona aparecía en las carreteras empedradas buscando a hombres que se habían excedido con los tragos; su figura misteriosa, oscura y elegante, con un velo que cubría su rostro, inspiraba terror en quienes lograban divisarla. Muchos aseguraban



haber visto su sombra proyectada en las paredes o haber escuchado sus pasos, suaves como el susurro del viento entre los árboles de guayacán.

Los habitantes del cantón aseguran que La Lutona era una criatura maligna que se alimentaba del miedo y la desesperación. Cuando divisaba a un hombre solo y embriagado, lo acechaba, lo encontraba y lo conducía a un lugar apartado del cual nunca regresaba. Durante décadas, el pueblo vivió bajo este temor; nadie se atrevía a salir después del atardecer, cuando la oscuridad se cernía sobre las calles como un manto de muerte.

Muchos afirmaban haberla visto en las noches de luna llena, caminando por la carretera con un propósito siniestro. Se decía que, tras el velo, se ocultaba una mujer de belleza perturbadora, pero con un corazón de piedra. Algunos juraban haber visto su silueta oscura en el cementerio del cantón, donde, se reunía con los espíritus de los muertos.

La leyenda fue cobrando cuerpo y espíritu en la sociedad actual. Hubo quienes intentaron desmentirla, fracasando inevitablemente en el intento. Se cuenta que un hombre joven difundió el rumor de haber seguido a La Lutona; aseguraba haberla visto entrar en varias casas y descubrió, según él, que se trataba de un comerciante respetado que usaba el disfraz para ocultar sus amoríos y fechorías. Sin embargo, al pasar los días, aquel joven desapareció sin dejar rastro. El pueblo cree que La Lutona se lo llevó por calumniarla, y que su espíritu ahora vaga arrepentido por las calles de Flavio Alfaro.

Con el tiempo, nadie pudo descifrar la verdad. Su leyenda tenebrosa persiste, habitando en la memoria colectiva y en la narrativa



popular que la revive, conserva y vivifica. Algunos dicen que, si se escucha con atención al caer la oscuridad, se pueden oír sus pasos sigilosos; y que, si se presta suficiente atención, aún se puede divisar su figura oscura caminando eternamente por las calles

La leyenda de La Lutona continúa acechando a los moradores de Flavio Alfaro, provocando que sus habitantes se refugien en sus hogares al caer la noche para evitar ser sorprendidos si se encuentran en estado etílico. Este relato sigue siendo un pilar fundamental de la cultura y la tradición que late en el corazón del cantón; una sombra que, hasta el día de hoy, se confunde irremediamente con la realidad.

### **La Lutona de Flavio Alfaro, no la llames si estás tomado**

*Dicen que, en Flavio Alfaro,  
cuando el trago está en la vena,  
una mujer de negro sale  
y te carga la condena.*

*No se escucha cuando llega,  
ni hace ruido al caminar,  
pero si te ve en la esquina  
no te deja regresar.*

*Tiene el cuerpo como sombra  
y el cabello como luto,  
y si le silbas de fresco,  
te maldice en un minuto.*

*“¡Mamasota!”, dice el hombre  
con la lengua resbalosa,  
y ella sonrío bonito  
como víbora engañosa.  
Le da la mano callada,*



él se va sin sospechar  
que lo lleva pa' lo oscuro,  
donde es difícil regresar.  
Flavio Alfaro tierra sin mapa,  
con caminos de revés,  
allá los tragos se acaban  
pero nunca baja el estrés.  
Hay quienes vuelven del monte  
con la ropa echando pena,  
dicen que vieron fogatas  
y que oyeron cantos que queman.  
En la sombra se deslizan,  
susurros que hieren el alma,  
un eco de voces viejas  
que no traen ni paz ni calma.  
La Lutona no pregunta,  
no discute ni perdona,  
ella busca al que se juma  
y se lo lleva pa' la loma.  
¡No la llames! dice el viejo  
fumándose su cigarro,  
que, si llega y te señala,  
no hay caballo que dé el barro.  
En las noches sin faroles,  
cuando el viento está espesito,  
mejor quédate dormido  
y no chupes con el mito.  
Porque el trago trae leyendas  
y la luna tentación,  
y la Lutona te espera  
pa' bailar sin redención.





## Las Hormigas Rieras

*Jackie Alexandra Rodríguez Mejía*

En Piedra Grande —una comunidad cálida y antigua de la provincia de Los Ríos, rodeada de fincas misteriosas y caminos de piedra solitarios donde la gente acostumbra a dormir temprano— se guardaba con profundo respeto la tradición del Día de los Difuntos. Cada 2 de noviembre, las familias se reunían para honrar a los suyos entre oraciones.

Aquella noche, el ambiente era alegre y nostálgico en casa de los Páliz, una familia reconocida por mantener viva la memoria de sus ancestros. Sin embargo, Albino, el mayor de los hijos, se había sentado a beber con unos amigos. Su madre, muy enojada, le reprendió advirtiéndole que aquel no era momento para la música ni el alcohol.

Como era costumbre, las conversaciones giraban en torno a los que ya no estaban. Entre bromas y tragos, Albino mencionó a Joa-



quín, un hombre misterioso que había muerto años atrás en circunstancias nunca aclaradas; la gente rumoreaba que en vida andaba en malos pasos y que, según decían, mantenía pactos con espíritus.

—Ese viejo seguro sigue rondando por ahí, buscando quién le invite un trago —exclamó Albino entre risas, alzando su vaso con tono desafiante.

Las risas se apagaron bruscamente cuando, de forma repentina, la luz de la casa se extinguió. Las velas parpadearon como si alguien las soplara con intención y un silencio denso se posó sobre el lugar, tan pesado como la neblina que baja del río al anochecer.

Las hijas de Albino y su sobrina, niñas de entre 8 y 11 años, fueron a acostarse entre murmullos de nerviosismo. Pero, al abrir la puerta del cuarto, soltaron un grito desgarrador: toda la cama estaba cubierta de hormigas rieras, aquellas que suelen aparecer en los cementerios, grandes y coloradas.

La familia corrió a la habitación. Buscaron el nido, levantaron colchones y revisaron cada rincón, pero no hallaron ni rastro de por dónde pudieron haber entrado. El suelo estaba seco, las ventanas cerradas y las hormigas, tan misteriosamente como llegaron, simplemente desaparecieron.

Minutos después, la música de la sala bajó repentinamente hasta detenerse. En ese mismo instante, una piedra grande cayó en el centro de la habitación, provocando un estruendo seco y retumbante, como si descendiera del propio firmamento. Todos, aterrados, corrieron a las ventanas para descubrir quién la había lanzado, pero no había nadie; afuera, la oscuridad era absoluta.

Mamá Gripina, la anciana sabia de la familia, se persignó y murmuró: “Hoy han venido a recordarnos que de los muertos no se ha-



bla con burla... a los muertos se los respeta”.

Desde entonces, en casa de los Páliz ya no se bebe ni se bromea durante el Día de los Difuntos. La piedra permaneció en la sala como un adorno, un símbolo eterno de advertencia. Cada año, sin falta, las hormigas rieras reaparecen en algún rincón, como si el alma de Joaquín aún rondara, exigiendo silencio. Muchos en Piedra Grande creen que aquel día el espíritu de Joaquín volvió, no por venganza, sino para recordar que la frontera entre ambos mundos, aunque invisible, puede abrirse cuando se pierde el respeto.

### **El misterio de las hormigas en Piedra Grande**

*En Piedra Grande la noche caía,  
día de difuntos, música sonreía,  
el vino corría, la charla encendía,  
pero un alma antigua, silencio pedía.  
Albino reía nombrando al ausente,  
Joaquín, de sombra latente,  
las velas temblaron, la casa enmudeció,  
y un frío de tumba la sala envolvió.  
Las niñas al cuarto con sueño marcharon,  
más gritos de espanto pronto resonaron:  
la cama cubierta de hormigas sombrías,  
las rieras de tumbas, mordiendo agonías.  
Buscaron la causa, revisan, no hallaron,  
ni rastros, ni huellas jamás encontraron.  
La música muerta se quiebra en la sala,  
y al centro del suelo...una piedra resuena y estalla.  
La abuela rezando su voz levantó:  
a los muertos se honra, no se burla.  
La piedra quedó como eterno testigo,*



*de que entre los vivos caminan contigo.  
Y cuentan que aún hoy, en noches sagradas,  
las rieras regresan, las sombras calladas.  
La piedra descansa en silencio mortal,  
pues el alma de Carmelo aún ronda el umbral.*





## El caballo fantasmal de Montecristi

*María Patricia Rosero Pachay*

En el cantón Montecristi, famoso por sus sombreros de paja toquilla y el imponente cerro que lo domina, circula una historia oscura que ha pasado de boca en boca durante generaciones. Se dice que, en épocas antiguas, los vecinos que vivían cerca del camposanto comenzaron a escuchar, a medianoche, el galope lejano de un caballo arrastrando cadenas. El sonido, que recorría las calles desiertas bajo la luz de la luna, helaba la sangre de cualquiera que lo oyera. A su lado, una figura femenina caminaba sollozando, llamando a sus hijos perdidos con voz quebrada.

La tradición cuenta que esta aparición cobró fuerza durante la pandemia: en aquellos días en que nadie podía salir de noche y la enfermedad acechaba a cada hogar. Se decía que la visión ocurría con frecuencia cerca de la casa de las religiosas que sirven en la iglesia local. Según la creencia popular, aquel caballo y la mujer



eran presagios: ella buscaba a los agonizantes para guiarlos hacia el otro mundo.

Al igual que en mitos antiguos como el Helhest danés —el caballo fantasma que anuncia la muerte—, en Montecristi el relincho nocturno se convirtió en una sentencia: quien lo escucha sabe, con temor, que alguien está por partir.

Se cree que el espectro reaparece cuando alguien del pueblo se encuentra gravemente enfermo: primero se escucha el galope encaadenado y, poco después, el llanto de la mujer que viene a buscarlo. Muchos ancianos cuentan haber sido testigos involuntarios; aseguraban sentir el paso lento del caballo y, al asomarse, no ver absolutamente nada. Solo el viento y el silencio confirmaban que aquello era un llamado...

Esta leyenda no solo enriquece el acervo cultural de Montecristi, sino que refleja cómo el miedo colectivo transforma sucesos traumáticos, como la reciente pandemia, en relatos míticos que ayudan a procesar el dolor. El galope nocturno sirve como un aviso: escucharlo significa estar ante un nuevo destino... ¿o quizá sea una invitación para valorar profundamente la vida y los recuerdos que dejamos atrás?

### **El lamento en Montecristi**

*En Montecristi, tierra querida,  
donde el sombrero fino es vida,  
el cerro guarda en su corazón,  
una leyenda... ¡una maldición!  
Cuando la noche tiñe el suelo,  
y el viento sopla con gris desvelo,  
un caballo negro, de paso arrastrado,*



*con cadenas viejas... cruza el poblado.  
Va acompañado por una mujer,  
que llora a sus hijos sin poderlos ver.  
Sus lágrimas caen como lluvia espesa,  
¡su alma en pena jamás reza!  
En tiempos del COVID, volvió a aparecer,  
frente a la iglesia la vieron correr.  
Las monjas rezaban, nadie salía,  
y ella... llorando, de calle en calle se perdía.  
Dicen los sabios y los más viejos,  
que si escuchas cadenas... ¡cierra los espejos!  
Porque donde ella llora con ese dolor,  
una vida se apaga... sin compasión ni amor.  
Montecristi, ciudad legendaria,  
cuida sus calles, su historia milenaria.  
Pero al llegar la medianoche sin fin...  
¡que no te sorprenda el lamento del cerro sin fin!*





## El brillo de la mata de café

*Sandra Idreile Santander Cevallos*

Cuenta la leyenda que en un sitio llamado Tablada de Sánchez, allá por las montañas de Chone —donde el camino se pierde y en invierno se maja bastante lodo—, en la finca de don Marco Andrade sucedían cosas extrañas, como la historia que les voy a contar...

Estaban los peones trabajando monte adentro cuando, de repente, divisaron un brillo inusual entre la siembra de café. Veían cómo resplandecía una mata con una intensidad que los dejó a todos asombrados. “¡Oe, ven acá!”, se decían unos a otros, temerosos pero invadidos por la curiosidad.

Se acercaron cuidadosamente para observar de cerca y, de pronto, las ganas de tocar aquello los dominó. Decidieron escarbar para ver de dónde provenía tanto brillo. “¡Apura, que el patrón se acerca!”, advirtió uno, pues ya le habían dado aviso de que algo raro pasaba. Los minutos se hacían eternos hasta que apareció don Marco.

—¡Patroncito, mire lo que hemos hallado! Una mata de café con



un tallo que da una luz muy fuerte. ¿Qué será? —preguntaron algunos, mientras otros murmuraban que se trataba de un gran tesoro—. ¡Bastantísimo brillea esa cosa, patroncito! —comentó uno de los jornaleros.

—Ojalá y el patroncito nos reparta esta riqueza —murmuraban los peones. Don Marco miraba fijamente la mata de café con aquel brillo especial; los pensamientos invadían su mente, pero guardaba silencio. Su asombro era tal que caminaba de un lado a otro sin vacilar.

—¡Oe, tú, muchacho! Escarba a ver qué hay ahí en esa mata —ordenó a un peón, quien respondió rápidamente—: Patroncito, nos tiene que repartir igualito a toditos esta riqueza.

Don Marco era un hombre de carácter firme, ceño fruncido y poco hablar. Mientras permanecía pensativo, la tierra comenzó a tragarse aquella luz brillosísima con todo y planta. Se escuchó un estruendo: ¡Blum, blum, blum! Todos quedaron en silencio, aterrados al ver cómo el tesoro se perdía en las entrañas del monte. Aun así, los peones insistieron hasta rescatar la mata de café y llevarla a la casa.

—Ponla en el granero —dijo don Marco—. Dejen que brille.

Su luz era tan inmensa que la noche parecía día. “¡Cómo brillea!”, decían unos. “Esa luz está fuertísima”, comentaban otros. Pero cuando el sueño los venció, se escuchó un galope: ¡Chilín, chilín, chilín! Era el Malo, que llegaba a reclamar lo suyo. Se plantó frente al primer escalón de la casa y la escalera se iluminó y se hundió bajo un peso sobrenatural.

Miguel, el hijo de don Marco, recuerda hasta hoy cómo su padre se abrió paso con su machete filudo y gritó con valentía:



—¿Qué es lo que quieres aquí?! ¡Dímelo! ¿Quieres pelear conmigo?

En ese instante, el hombre del caballo desapareció en la nada. Hasta el día de hoy no ha vuelto, aunque algunos aseguran que todavía lo ven cabalgar bajo la luz de la luna llena.

### **La mata que brillaba como oro**

*Mire, vea, mire vea, esto pasó de verdad,  
allá en la Tablada de Sánchez, monte adentro y sin señal.  
Estaba en la finca de don Marco Andrade,  
hombre bravo y callado,  
que mandaba con ojos grandes y con el machete muy afilado  
los jornaleros encontraron una mata que brillaba como pepa de oro  
allí  
enterrado  
todos estaban asombrados porque decían que era un fuego raro,  
era algo extraordinario ver una mata de café brillando tanto.  
Estaban tan asombrados que empezaron a escarbar  
¡entre una y otra pala zas la mata se les va!  
¿Adónde se fue? Se preguntaban uno al otro  
sin encontrar respuesta todos allí se quedaron.  
Cuenta la historia que un hombre en un caballo  
llegaba de lejos en las noches a buscar su oro preciado  
un susto aquí y un susto allá, cada noche no dormían  
esperando lo que su mente les decía.  
Hasta que una noche en particular aparece el gran jinete  
cabalgando y reclamando por aquello que se habían encontrado  
todos temerosos se escondieron sin pensar  
solo don Marco valiente y furioso salió a reclamar  
qué haces aquí en este lugar  
si nadie te ha invitado a pasar*



*es mejor que sigas tu camino y no regreses nunca más  
zas zas el machete hizo sonar  
el caballo con su jinete salió corriendo sin parar.  
Esta historia termina como leyenda para contar  
para que todos sepan que en mi tierra Chone las historias siguen  
vivas  
no te asusten cuando las cuenten, aprende sin pensar  
que las tradiciones manabitas nunca deben de parar.*





## El niño del Andrade Marín

*Hermógenes Alejandro Valencia Machuca*

En la ciudad de Quito, en el sector centro-norte —por la antigua entrada al valle de Tumbaco—, se encuentra el hogar de niños “Carlos Andrade Marín”. Este centro funciona también como una escuela que alberga a unos 200 infantes: huérfanos, niños sin hogar y otros cuyos padres no pueden cuidarlos durante el día. Los pequeños realizan múltiples actividades: asisten a clases, participan en programas lúdicos, canto, dibujo y artesanías. Al caer la tarde, se ocupan de sus tareas escolares y de la limpieza del lugar. A las cinco, quienes tienen suerte aguardan a sus familiares para regresar a casa.

Al llegar la noche, los que se quedan pasan a merendar y luego se reúnen con una cuidadora en una sala para ver televisión en blanco y negro antes de dormir. Cuenta la leyenda que a este lugar, en un día lluvioso, llegó un niño de aspecto lúgubre y misterioso. Vestía ropas lujosas y no parecía ser huérfano; era un niño silencioso que



ignoraba a todo aquel que intentaba acercarse.

Aparentemente, había sido abandonado: su padre, un hombre de negocios, se marchó del país dejándolo a él y a su madre en el olvido. Ella enfermó gravemente y murió poco después. Al no encontrar familiares cercanos, las autoridades decidieron llevarlo a este hogar de acogida. Ya en este lugar, comenzaron a conocerse casos sorprendentes que ponen a prueba el sentido de la realidad frente a la imaginación

Cierta mañana, mientras todos se dirigían a sus actividades, el niño apareció extrañamente en una lomada, la parte más alta del recinto. Permanecía inmóvil, con la mirada fija en el horizonte; algunos testigos afirmaban haberlo visto levitando, mientras de su pecho emanaba una luz dorada y radiante. A la distancia, se escuchaba un sonido estridente, similar al de un instrumento de viento. Lo más sorprendente era que ningún adulto parecía reaccionar ante tal escena; así transcurrió la mañana hasta que el niño, finalmente, bajó.

Pasados los días, regresó de sus vacaciones una supervisora conocida por su crueldad. Al ver al niño en lo alto de la loma, le gritó con furia ordenándole descender. Una vez abajo, lo castigó severamente, humillándolo frente a sus compañeros y obligándolo a asear todos los baños del hogar. El niño, sin pronunciar palabra ni mostrar enojo en su mirada, simplemente asintió y cumplió el castigo.

Sin embargo, cuentan que desde el primer día comenzó a escribir un número en la pared: una cuenta regresiva que inició en el siete. Cuando llegó al último día, una noticia lúgubre sacudió al hogar: la supervisora había fallecido a causa de un infarto. Coincidencia o casualidad, nadie pudo asegurarlo; pero desde aquel día, los niños



lo miraban con temor.

Una fría mañana, mientras todos en el hogar se preparaban para sus actividades, el conserje anunció asombrado que uno de los juegos del parque había amanecido hundido, como si algo de un peso colosal lo hubiera aplastado. Un niño aseguró que, durante la noche de luna llena y bajo una neblina espesa, escuchó nuevamente aquel sonido estridente, similar al de una flauta.

Ese día, nadie vio al niño misterioso. Su cama estaba vacía, pero —a diferencia de otras fugas— todas sus pertenencias permanecían impecablemente ordenadas sobre la manta. Sus cuidadores iniciaron una búsqueda inmediata por las inmediaciones, extrañados de que no se hubiera llevado nada. Al no obtener resultados, dieron parte a las autoridades, quienes iniciaron una indagación exhaustiva al día siguiente.

Los investigadores buscaron cualquier indicio: rastrearon posibles maltratos, peleas o enfermedades que justificaran su partida. Sin embargo, tras tres días de búsqueda infructuosa, las autoridades debieron delegar el caso a entidades especializadas para continuar con la investigación.

Pasadas un par de semanas, la búsqueda se dio por terminada y el menor fue declarado oficialmente como desaparecido. Sin embargo, cierta noche, mientras los niños se aseaban antes de dormir, escucharon unos chasquidos en el pasillo de madera que conducía al patio. De pronto, aquel sonido estridente de flauta volvió a resonar.

Movidos por la curiosidad, los pequeños se asomaron al pasillo y, para su sorpresa, divisaron a lo lejos la silueta del niño caminando hacia ellos. Entre el pánico, uno alcanzó a gritar: “¡No corran,



que no es nada!”, pero antes de terminar la frase, todos habían huido despavoridos hacia los dormitorios.

Jamás supieron con certeza qué fue lo que vieron, pero desde aquella noche, la resbaladera del parque comenzó a hundirse más con cada luna llena, hasta que fue imposible repararla y quedó abandonada. Hasta el día de hoy, muchos niños aseguran haber visto la figura del pequeño en el parque y juran que, en las noches más claras, aún se escucha el eco de una flauta perdiéndose a la distancia.

### **El niño de la loma**

*En el norte de la ciudad, un refugio de humildad; entre huérfanos llegó quien el habla se guardó. Ropa de lujo vestía, pero el alma no reía; solo en sombras se quedó, y a nadie se acercó.*

*En la loma se elevó, la luz de oro le brotó; levitando en el ocaso, sin dar un solo paso. Una flauta se escuchaba, mientras él en paz flotaba; nadie pudo comprender ese místico poder.*

*La maestra, con maldad, le quitó su libertad; con castigos y con saña, lo humilló con su artimaña. Siete números pintó, la pared el fin dictó; cuando al uno él llegó, la mujer el pulso perdió.*

*Bajo luna y mucha bruma, el misterio se perfuma; el parque se hundió de peso, sin dejar rastro ni exceso. Su cama vacía quedó, ni un juguete se llevó; se marchó por el pasillo, convertido en un brillo.*

*Aun retumba la madera, como si alguien anduviera; sonidos de flauta y viento, traen de vuelta su momento. Los niños temen al juego, que se hunde bajo el ruego; pues saben que el niño está, y que nunca se irá.*





## Los sonidos del río encantado

*Viviana Beatriz Solís Bravo*

Allí donde el río Daule serpentea y el plátano florece con dorado fervor, nació un rincón tejido por los vientos, entre cañaverales, leyendas y amor. El Empalme le llaman, cruce de caminos donde el alma montuvia guarda su tradición, y el sol, al amanecer sobre campos y espigas, pinta de oro la tierra con su bendición.

Se dice que, por veredas de tierra y caminos de monte, vivía un grupo de familias cálidas y generosas. Cada mañana, las mujeres del pueblo, con sus bateas al hombro y jabones en mano, caminaban rumbo al río para lavar la ropa. Pero lo que parecía una tarea sencilla estaba envuelto en un velo de misterio y temor.

Dicen que, al llegar a la orilla, la brisa cambiaba y el ambiente se volvía espeso; si se prestaba atención, podían escucharse ruidos extraños entre los matorrales. Algunas afirmaban haber visto criaturas nunca descritas, con ojos brillantes como brasas y cuerpos que no parecían pertenecer ni a la tierra ni al agua.



Las mujeres, sabias y cautas, aprendieron que solo había una manera de mantener alejadas a aquellas criaturas: hacer ruido, mucho ruido. Golpeaban tapas de ollas, sacudían botellas vacías y hacían chocar las piedras; el sonido debía ser constante, como un escudo invisible. Así, mientras lavaban, el eco metálico acompañaba el ritmo de sus manos y sus rezos silenciosos.

Incluso en el camino de regreso, no dejaban de hacer sonar lo que llevaban. Era su manera de advertir a la espesura: “Aquí estamos, no nos toquen, no se acerquen”.

Aunque muchas de esas lavanderas ya no están, su historia persiste. Se dice que, en las noches más calladas, si alguien camina cerca del río, todavía puede escuchar a lo lejos el tintinear de las tapas de metal... como un susurro del ayer, como una advertencia eterna del río encantado.

### **Los sonidos del río encantado**

*En El Empalme, junto al río,  
las mujeres hacen ruido,  
con sus bateas y cariño,  
lavan ropa en el estío.  
Golpean tapas con fuerza,  
botellas suenan al viento,  
así ahuyentan la amenaza,  
protegen su aliento.  
Dicen que entre los matorrales  
ojos brillan sin razón,  
criaturas de otros lugares  
que temen al son.  
Ellas saben que el escudo  
es ruido sin cesar,*



*porque el silencio en el monte  
es señal de mal andar.  
Entre risas y letanías,  
hacen sonar las ollas,  
mientras el sol todavía  
dora las hojas de bolla.  
Aunque el tiempo ha volado,  
y muchas se han marchado,  
los ecos han quedado,  
en susurros guardados.  
Si caminas en silencio,  
cerca del agua y su bruma,  
puedes oír ese cuento,  
el tintinear que suma.  
Así la leyenda vive,  
entre olas y tambor,  
del río que protege,  
con el ruido y el amor.*





## El llanto de los monos

*Karen Alexandra Zambrano Muñoz*

Canuto es una parroquia rural ubicada al sur de Chone, en la provincia de Manabí. En lo más profundo de esta tierra, oculto entre verdes laderas cubiertas de sembríos de yuca y abrazado por un río cristalino que serpentea con paciencia, se encuentra San Pablo de Tarugo. Es un lugar lleno de encanto, apacible y pintoresco, de gente cordial y solidaria, donde la vida transcurre al ritmo del canto de los gallos, el trinar de las aves y el aroma dulce de la producción de almidón.

Al bajar la pronunciada pendiente que conecta con el corazón del pueblo, se divisa «La Tormenta», una bella casona que refleja el amor y la entrega de quienes la habitan.

Cada año, durante la Semana Santa, el pueblo cobra una vida especial: quienes migraron a la ciudad regresan con maletas llenas de recuerdos y corazones deseosos de reencuentro. Entre abrazos,



rezos y delicias gastronómicas como la torta de choclo y la espesa sopa de maíz, la tradición florece en cada hogar.

Pero también florece el silencio y el respeto por nuestros antepasados; por aquellos que han partido dejando su legado y costumbres impregnados en nuestros corazones.

Al llegar al centro del pueblo, se divisa una aldea de casas acogedoras, una hermosa iglesia y un escenario donde se celebran las fiestas patronales. Allí, los ancianos y quienes aún permanecen en el lugar repiten año tras año la misma advertencia: “No se come carne el Viernes Santo y jamás, bajo ningún concepto, se entra al río”.

Sin embargo, algunos foráneos, sofocados por el bochorno de la estación invernal, ven en el agua cristalina una tentación irresistible. Ignorando las advertencias, se lanzan entre carcajadas y despreocupación al cauce, permaneciendo allí hasta que el sol se oculta tras las gigantescas montañas.

Es entonces cuando ocurre aquello de lo que tanto se les había advertido.

Desde los árboles, donde se posan los monos aulladores, comienza a escucharse un lamento. No es un simple grito animal; es un llanto desgarrador, como si un niño invisible suplicara perdón. Los simios gimen y se sacuden desesperados entre los tallos de las cañas, lanzando chillidos que penetran los huesos. Los más sensibles tiemblan, y hay quienes, envueltos en pánico, corren desnudos hacia sus casas.

Los lugareños bajan la mirada y solo alcanzan a murmurar: “Otra vez han despertado a los monos...”.

La historia se remonta a generaciones pasadas cuando un foras-



tero desafió la tradición. Ignorando toda advertencia, se sumergió al anochecer en el río un Viernes Santo y nunca volvió a salir. Dicen que los monos lloraron aquella noche con un sonido tan humano que nadie pudo conciliar el sueño. Desde entonces, cada vez que alguien desafía la regla, el espíritu del agua despierta y los monos lo anuncian con sus gritos.

Nuestros abuelos creen que esos seres no son animales, sino las almas condenadas de quienes se burlaron de los mandatos divinos. Otros aseguran haber visto, entre el follaje, una sombra humana de ojos rojos que se oculta tras cada lamento. Lo cierto es que, cada Semana Santa, el río permanece allí: bello y engañoso.

Por eso, cada Viernes Santo al caer la tarde, los pueblerinos cierran sus puertas y encienden velas mientras rezan para que, esta vez, ningún visitante se atreva a entrar al río.





## La sierpe

*Luis Enrique Vargas Párraga*

Entre el trinar de las aves, el susurro del viento y el olor a tierra mojada de la campiña manabita, una leyenda se levanta...

Era invierno. La lluvia torrencial danzaba al ritmo del estruendo que ella misma provocaba sobre el tejado de la rústica casita de los abuelos, edificada en la orilla alta del río principal de mi Lascano querido. En el ambiente solo se escuchaban las risas de quienes jugaban naipes en la sala de aquella calurosa y modesta vivienda; risas que se combinaban con el cantar de los grillos ocultos en las hendidias de las paredes de caña.

En una de las hamacas, colgada en la esquina junto al altar de los “santitos”, estaba el abuelo: meditabundo y con la firme intención de interrumpir el juego para advertir aquello que, en tiempos remotos, sus propios abuelos le contaron:

Resulta que en los inviernos “bravos”, cuando las palizadas bajan



con fuerza, una enorme serpiente desciende desde lo más alto y espeso de las montañas que rodean la zona: su nombre es La Sierpe. Se cree que este monstruoso animal tiene siete cabezas y emerge de su guarida cada siete años para alimentarse de lo primero que halla en su camino.

Para atraer a sus víctimas —habitantes de las riberas—, la Sierpe imita con astucia los sonidos de animales en peligro debido a la creciente: vacas, perros, caballos y cerdos se escuchan clamar en la oscuridad. Su desesperación es tal que incluso imita gritos de auxilio y llantos de niños, preparando una escena fatal para capturar a los incautos.

Contaba el abuelito Victoriano que, cuando él era niño y llovía a cántaros, apagaban las velas para mantenerse en un silencio fúnebre mientras la corriente lo arrasaba todo; así permanecían hasta sentir que la Sierpe pasaba frente a la casa. El abuelito Párraga aseguraba haber escuchado el hipnotizante “cantar de la Sierpe”; describía cómo la piel se le erizaba y la sangre se le helaba al oírla, temiendo ser tragado vivo por el descomunal reptil. Al día siguiente, el río amanecía con un caudal inmenso y las orillas ampliadas, como si una fuerza colosal hubiera barrido sus bordes.

En la actualidad, cuando la lluvia arrecia y el río crece, muchas familias aún apagan sus lámparas para ocultarse de la Sierpe, la cual, aseguran algunos, sigue recorriendo los cauces en las tenebrosas noches de tempestad.



**La Sierpe**

*Entre aves, viento y tierra en lluvia abierta,  
se alza la voz del mito montuvio;  
invierno bravo azota el caserío  
y el río ruge en sombra descubierta.  
En la choza, la risa queda incierta,  
pues canta el grillo un réquiem tardío;  
el abuelo, en su hamaca, alza el brío  
del verbo antiguo que la noche alerta.  
Siete cabezas, baja la Sierpe hambrienta,  
imita llanto, bestia y desconsuelo,  
y engaña al vivo que su voz alienta.  
Apagan luz, se enfría hasta el anhelo;  
tras su pasar, la orilla queda ausenta:  
crece el río... y el miedo sigue en celo.*





## Lágrimas de una madre

*Cecilia del Rocío Álava Cevallos*

En la Tablada de Miguelillo aún se cuenta una historia que ocurrió hace mucho tiempo, mucho antes de que tú y yo nacióéramos. Vivía allí una señora llamada Rosa María, cuyos ojos eran como el cielo despejado y su piel blanca como la espuma de la leche recién hervida; una mujer abnegada en los oficios del hogar. Doña Rosita, como la conocían en el sector, tenía una familia numerosa: siete hijos, entre varones y mujeres, para ser precisos.

Su esposo, don Roberto, era un hombre de campo, de machete, garabato y azadón. El verdor de sus ojos esmeralda encantaba a las damiselas del lugar; sin embargo, él solo tenía ojos para su Rosita. Juntos, sentados en la hamaca bajo la troja, veían jugar a sus retoños entre los perros y las gallinas.

Pero llegó el invierno. En ocasiones, las lluvias se convertían en tormentas y el camino cercano a la casa se transformó en quebrada.



Por debajo de la vivienda corría el agua como un riachuelo del que solo los patos disfrutaban. Fue entonces cuando los niños de Rosita y Roberto empezaron a enfermar uno a uno. Al finalizar la temporada, enfermó Querubín, el hijo menor, el consentido, el bebé. Al principio se dijo que era una simple gripe, luego que era tos; y de esa manera, Dios se llevó a Querubín

Hubo muchas lágrimas en aquel hogar; al ser el pequeñín un inquieto jugueteón, todos extrañaban su alegría y reclamaban al cielo: “¿Por qué se lo llevó con tan solo dos años?”.

Rosita María era quien más padecía la ausencia. Cada vez que servía los alimentos, sentía el vacío de aquel lugar que ya nadie ocupaba; mientras los demás comían, ella se sentaba en el piso de la cocina a llorar su partida.

Habían transcurrido tres meses desde la muerte de Querubín y el dolor estaba lejos de sanar. Aquella tarde, como de costumbre, Rosita sirvió la merienda y se hundió en su llanto sobre el suelo. De pronto, a través de las hendiduras de la madera, divisó pasar en fila unas pequeñas velas encendidas, como si se tratara de una procesión. Aterrada y curiosa, bajó corriendo a mirar por debajo de la casa; cuál sería su sorpresa al ver que, guiando aquellas luces, iba su pequeño Querubín.

Rosita, con sentimientos encontrados, se acercó con la intención de abrazar aquel pequeño cuerpo; sin embargo, el niño le respondió llorando:

—Mamá, no me toques. Desde que me fui, usted no ha dejado de llorar, y cada una de sus lágrimas es una llaga en mí. Si de verdad me quiere, por favor, ya no llore más; ore por mí y déjeme ir.

Rosita prometió a su hijo que secaría sus lágrimas, aunque jamás



lo olvidaría. El espíritu de Querubín, junto con el desfile de velas, avanzó hacia el camino con paso lento; y a medida que el corazón de la madre encontraba paz, las luces se iban desvaneciendo. Cuando don Roberto llegó, Rosita le contó lo sucedido. Ambos acordaron visitar el camposanto el domingo siguiente para ofrecer oraciones por el descanso de su alma.

Desde entonces, cuando muere un niño en la comunidad, los lugareños recuerdan lo ocurrido en el hogar de Roberto y Rosa María; prefieren llevar flores al cementerio y elevar plegarias en lugar de sentarse a llorar.

### **Lágrimas de una madre**

*En una montaña, donde el viento sopla entre la caña,  
donde la gente humilde tiene corazón de madera,  
allí vivía Rosita, deslumbrante con su piel blanca,  
y de carácter dulce como el panal de la abeja reina.  
Eran siete los niños que jugaban en el patio  
fruto del amor don Roberto, el montubio,  
hombre de azadón y de mirada jadeante,  
que en los ojos de Rosita encontró amor abundante.  
El invierno llegó, y con él las tormentas,  
el patio se volvió riachuelo y el camino quebradas.  
Cual ladrón la enfermedad silenciosa y violenta entró,  
y sin pensar al pequeño Querubín al cielo se llevó.  
¡Ay, el bejé de la casa! Solo tenía dos años,  
a todos hacía reír el inquieto bribón,  
se escuchaban los lamentos en el panteón.  
De pronto en casa había extraños silencios  
y ausencias en la mesa sin poder cubrir.  
¡Cuánto se extraña un hijo!  
Repetía su madre frente al crucifijo.*



Rosita con su alma destrozada solo quería morir  
encerrada en su llanto y desconsuelo.  
Cada vez que un plato a sus hijos servía  
sentía abierta la herida en el pecho  
sus lágrimas de dolor como lluvia al suelo caían.  
Pasaron meses de amargura y otros en agonía,  
cuando entre las rendijas Rosita divisó:  
unas pequeñas velas encendidas que en fila marchaban  
Rosita pensó que podía ser una epifanía,  
Bajó ella corriendo al patio,  
con el pecho en un estallido  
y al ver que delante estaba su hijo  
intentó abrazar la sombra de su amado.  
Pero Querubín llorando se mantuvo alejado,  
le detiene las manos y con dolor le ruega:  
“Mamá, no me toques, por favor”  
“Cada lágrima se convierte en llaga que me quema  
tu llanto para mí es una cadena,  
ora por mi descanso y no ahondes más mi pena”.  
Rosita prometió al alma de su niño:  
“No lloraré más, mi amor, nunca te olvidaré”.  
Y vio cómo las luces, con paso lento,  
se alejaban y confundían entre las pajas y el viento.  
Las velas apagaron su fulgor  
cuando el corazón materno aceptó la partida.  
Don Roberto y Rosita, fueron al camposanto a orar,  
por el alma de quien ya estaba en mejor vida.  
Desde entonces se cuenta en Miguelillo esta historia:  
cuando un niño se va, no se debe llorar tanto,  
porque las penas de este mundo no dejan trascender su alma,  
peor si son las madres quienes las derraman.





## EDITORES



**Esther Verónica Ordóñez Valencia.**

Educadora e investigadora ecuatoriana especializada en educación. Licenciada en Ciencias de la Educación (Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí). Magíster en Educación Superior (Universidad de Guayaquil). Tiene estudios en diseño curricular por competencias (Universidad del Mar, Chile). Se desempeña como Profesora Agregada de tiempo completo en la Facultad de Educación de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí (ULEAM) y ha ocupado cargos como Directora de Carrera en la misma facultad. Su labor académica incluye la investigación educativa, con trabajos centrados en el desarrollo de habilidades de pensamiento lógico y metodologías de enseñanza, y participa en proyectos de investigación institucional relacionados con la educación básica y competencias del profesorado. Además, ha tenido roles de representación gremial docente dentro de la comunidad universitaria innovadores, participativos y con un fuerte compromiso social.

Correo: [esther.ordonez@uleam.edu.ec](mailto:esther.ordonez@uleam.edu.ec)



Vanessa Monserrate Vargas Párraga.

Docente e investigadora de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí (ULEAM), coordinadora académica de la Maestría en Educación con mención en Lingüística y Literatura, de la misma IES. Máster en Educación Personalizada (Universidad de la Rioja) y Máster en Lengua española y literatura (Universidad de Salamanca); formación que respalda su trabajo en el ámbito pedagógico y en el desarrollo de propuestas académicas vinculadas a la enseñanza, la lingüística y la innovación educativa. Su perfil profesional se fortalece con la participación en proyectos de investigación como miembro de redes de investigación.

Su trayectoria investigativa incluye publicaciones en revistas indexadas y capítulos de libros, con líneas de investigación en educación, análisis de brechas digitales, propuestas de innovación universitaria, gestión educativa y aplicaciones de inteligencia artificial en la formación superior de la Lengua y la Literatura. También ha participado como coautora en investigaciones sobre estrategias de educación virtual, riesgos psicosociales en entornos educativos y análisis lingüísticos contemporáneos. Mantiene vínculos académicos con instituciones nacionales e internacionales, y cursa estudios doctorales en Lengua y Cultura en la Universidad de Córdoba de España, fortaleciendo así su proyección investigadora en el campo de las humanidades y la educación.

Correo: [vanessa.vargas@uleam.edu.ec](mailto:vanessa.vargas@uleam.edu.ec)



## **Doris Macías Mendoza.**

Doctora en Lingüística Aplicada (Universitat Politècnica de València, UPV-España). Magíster en Liderazgo Educativo (Universidad Técnica Particular de Loja). Se ha desempeñado como docente en programas de pregrado y maestría, colaborando en diversas instituciones de educación superior. Ha participado en la elaboración y docencia de módulos de maestría en la Universidad Central del Ecuador; también como docente de maestría en educación mención Lingüística en la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí.

Ha impartido clases de pregrado en la Universidad del Sur de Manabí. Actualmente, ejerce como docente de pregrado y posgrado en la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí.

En el ámbito de la investigación, ha presentado numerosas ponencias en congresos nacionales e internacionales. Asimismo, ha sido autora de libros y capítulos de libros relacionados con su área de especialización. Su línea de investigación se enfoca en la metodología del Aprendizaje-Servicio (ApS), promoviendo enfoques pedagógicos.

Correo: [doris.macias@uleam.edu.ec](mailto:doris.macias@uleam.edu.ec)



### **Erick Daniel Mero Alcívar.**

Docente e investigador. Ingeniero en Sistemas (Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí) y Magíster en Educación Informática (Universidad de Guayaquil). Se desempeña como docente de tiempo completo en la Facultad de Ciencias de la Educación de la ULEAM, donde también participa en labores académicas e investigaciones en educación y metodologías de enseñanza. Su trayectoria incluye publicaciones y contribuciones en obras colectivas sobre innovación pedagógica y aprendizaje socio-emocional, como coautor en capítulos sobre enseñanza de matemáticas y estrategias didácticas. Además, ha publicado obras como La convergencia de medios en el desarrollo curricular: Hacia un enfoque educativo, enfocadas en la integración de tecnologías y medios en procesos educativos. Su labor académica combina la docencia universitaria, investigación educativa y aportes al desarrollo curricular en Ecuador.

Correo: [erick.mero@uleam.edu.ec](mailto:erick.mero@uleam.edu.ec)



## **Luis Enrique Vargas Párraga.**

Profesional en el campo de la educación y el derecho, con una trayectoria que articula la educación, la literatura y el derecho. Se desempeña como docente e investigador en la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí (ULEAM), donde ejerce además funciones de gestión académica. Su formación incluye la Licenciatura en Educación con mención Lengua y Literatura, estudios avanzados en pedagogía y ciencias humanas; Máster en Lengua española y literatura y abogado de los Tribunales del Ecuador, lo que le permite integrar perspectivas jurídicas y educativas en su producción intelectual. Actualmente cursa estudios doctorales en Lengua y Cultura (Universidad de Córdoba-España), fortaleciendo una línea de investigación que articula humanidades, política educativa y pensamiento crítico.

Su actividad investigativa abarca temáticas diversas: educación y cultura, análisis sociolingüísticos, estudios sobre brechas digitales, estudios de la literatura hispana del siglo XVII, innovación pedagógica y reflexiones teóricas desde el derecho y las ciencias sociales, derecho ambiental y societario. Ha participado como autor y coautor en artículos y capítulos publicados en revistas indexadas y editoriales académicas.

Correo: [luis.vargas@uleam.edu.ec](mailto:luis.vargas@uleam.edu.ec)







# Uleam

UNIVERSIDAD LAICA  
ELOY ALFARO DE MANABÍ

ISBN: 978-9942-681-92-8



9789942681928



Todos los derechos reservados  
Prohibida su venta  
2026



<https://libros.uleam.edu.ec/>